

**Universidad Andina Simón Bolívar**  
**Sede Ecuador**  
**Área de Letras y Estudios Culturales**

Maestría en Literatura  
Mención en Escritura Creativa

**Un saco de escorpiones**  
**Novela**

Diego Rafael Montalvo García  
Tutor: Juan Pablo Castro Rodas

Quito, 2023





## Cláusula de cesión de derecho de publicación

Yo, Diego Rafael Montalvo García, autor del trabajo intitulado “*Un saco de escorpiones: novela*”, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Magíster en Literatura con Mención en Escritura Creativa en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

8 de marzo de 2023

Firma: \_\_\_\_\_



## Resumen

La novela negra posee un número importante de lectores y es un género que ha evolucionado a lo largo del tiempo. Edgar Allan Poe, nacido en el siglo XIX, es considerado el padre de la literatura policial, fue quien fundó una escuela literaria que tuvo plena vigencia hasta el XX donde se destacan Patricia Highsmith, Georges Simenon, Dashiell Hammett y a su vez llegó a los autores de los últimos años como Don Winslow, Jo Nesbø y Paula Hawkins. Es un género literario que no pierde vigencia porque sus tramas han cambiado. En el siglo XIX, el detective era puramente aristocrático, de linaje y de buenas costumbres, como el caso de Auguste Dupin de Poe o Sherlock Holmes de Arthur Conan Doyle y la novela policial apelaba a la deducción para resolver el enigma. Por el contrario, durante el siglo XX y XXI, los enfoques de estas narraciones se tornan más violentos en donde el protagonista presenta personalidades que varían. Actualmente, el investigador se lo muestra apegado a una deprimente realidad tal y como ocurre en el caso de Sam Spade (Dashiell Hammett) o Harry Hole (Jo Nesbø). En ese sentido, el presente trabajo abordará, en una primera parte, el análisis de las obras más relevantes dentro del género policial dado que a través de ellas, es posible comprender los cambios mencionados.

El trabajo está escrito en código negro, cuyo resumen es este: Gregorio Futes es un abogado que regresa a México tras haber estudiado en el extranjero. Se conoce con el detective André Zinat quien deberá resolver una serie de violentos crímenes, al margen de la policía, cuyo único hilo conductor es que en cada caso se involucra el veneno del escorpión azul. De este modo, el lector, seguirá a los protagonistas a través de una red de pistas que permitirán descubrir qué es verdad y qué no.

Palabras clave: criminal, asesinato, investigación, deducción, Guerra Mundial, escritura, intriga, novela



A mi abuelo, Arturo García.





## **Agradecimientos**

Mi gratitud a la Universidad Andina Simón Bolívar, por concederme la beca con la que he tenido la oportunidad de estudiar gratuitamente, así como de subsistir con el estipendio que me permitió invertir en el material para esta investigación. Así mismo, deseo agradecer a los profesores de la Maestría en Literatura, por darme las pautas y las guías necesarias para crear mi trabajo. Sobre todo, agradezco a Leonardo Valencia, por ser quien me habló de este fantástico programa y a Juan Pablo Castro Rodas por ser mi tutor y guiarme en cada paso del desarrollo de este trabajo. También, a Gina Saraceni y a Santiago Cevallos. Así mismo, a mi abuelo, Arturo García por darme las guías y comprar mi primera biblioteca. A mi abuela, Cecilia Avilés, a mi madre Ana Cecilia García y a mi tía María Fernanda García por estar en cada recorrido de mi vida.



## Tabla de contenidos

Introducción.....	13
La deducción más allá de lo evidente.....	17
1. La novela policial: el arte de crear enigmas .....	17
2. Origen y evolución de la novela negra .....	19
3. De Sherlock Holmes a André Zinat.....	23
Novela <i>Un saco de escorpiones</i> .....	29
1. La dama de la discordia: El primer escorpión.....	29
5. André Zinat conoce la verdad (Relato previo al último escorpión) .....	75
Epílogo .....	90
Conclusiones.....	93
Obras citadas.....	94



## Introducción

En noviembre de 1887 apareció uno de los libros más icónicos de la literatura de crimen: *Estudio en escarlata* de Sir Arthur Conan Doyle. Fue publicado en la revista *Beeton's Christmas Annual*; fue la primera aparición del famoso detective Sherlock Holmes y de su acompañante, el Dr. John Watson. Holmes está inspirado en la figura de monsieur Auguste Dupin, investigador de Edgar Allan Poe —el padre del género policial— que protagonizó los relatos: “Los crímenes de la calle Morgue” escrito en 1841, “El misterio de Marie Rogêt” en 1842 y “La carta robada” en 1844. Era difícil que Conan Doyle supiera el inmenso éxito que tendría su novela y el hecho de que los protagonistas pudieran convertirse en grandes personajes de la literatura universal. Lo más increíble, sin embargo, resulta el hecho de que *Estudio en escarlata* se basa en un caso real de la desaparición del panadero alemán Urban N. Stanger que tuvo lugar en Londres. Con esta novela, el narrador escocés, logró recrear la compleja personalidad de Holmes, añadiéndole elementos típicos de un investigador: la lupa y la pipa. Holmes es virtuoso para el violín, un genio para la química y adicto a la cocaína.

También en el siglo XIX se destaca la obra *Crimen y castigo* de Fiódor Dostoievski, que profundiza en la pobreza del San Petersburgo zarista. En el que, Rodión Románovich Raskólnikov representa la venganza y la atrocidad de un crimen está basado en una necesidad y en la creencia de “justicia en mano propia”.

Posteriormente, desde los años treinta a los setenta (del siglo XX) la novela negra mantuvo una postura de fuerte crítica a los modelos sociales. Un claro ejemplo es *Mi pistola es veloz* de Mickey Spillane en cuya novela se retrata a una joven prostituta que muere en condiciones misteriosas y solo se interesa por el caso el detective Mike Hammer, quien descubre un complot político tras el asesinato de la víctima. Sin embargo, para los años ochenta, lo policial vuelve a renovarse con *El nombre de la rosa* de Umberto Eco, cuya novela mezcla claros enfoques de las obras góticas clásicas con los aspectos teológicos, policiacos y semióticos. De esta manera, el narrador italiano regresa al origen de lo policial con el padre Guillermo de Baskerville (inspirado en *El sabueso de los Baskerville* de Conan Doyle) que es el detective y, a través de su perspectiva, evidencia un clero con deseos de poder que pone entredicho su moralidad que incluso conlleva a cometer asesinatos y cuestiona la sabiduría que conduce al fanatismo religioso a través de Jorge de Burgos (el abad benedictino).

Ya en América, grandes escritores como James M. Cain (*El cartero siempre llama dos veces*), Raymond Chandler (*El sueño eterno*), Dashiell Hammett (*El halcón maltés*) Erle Stanley Gardner (*El caso del loro perjuro*), Davis Grubb (*La noche del cazador*), Robert Bloch (*Psicosis*), Patricia Highsmith (*El talento de Mr. Ripley*) o Nelson Algren (*El hombre del brazo de oro*) dieron un giro a este género. La trama de las novelas se centra en personajes más cotidianos y verosímiles que ya no son una especie de superhéroe detectivesco (Holmes o Poirot) sino que se mezclan más fácilmente con su entorno social lo que les permite evidenciar de cerca su comportamiento. Es decir, se pasó de un detective aristocrático a un protagonista más próximo a las liviandades colectivas.

Raymond Chandler había definido a la novela negra como una variación de la novela de detectives. La diferencia entre la novela negra (o novela criminal) y la detectivesca radica en que la novela negra se basa en que la resolución del crimen no es el fin, sino el hecho de demostrar cuan violenta puede llegar a ser una sociedad. Por ello, su trama surge en torno a un horror asfixiante de sus protagonistas. Entonces, es difícil saber con precisión quien es bueno y quién no. Los detectives (en caso de que los haya) presentan una actitud derrotista. Incluso, la narración puede darse en torno a la víctima, el criminal o quien está del lado de la ley como un abogado o un juez.

En un contexto latinoamericano, es posible considerar a las obras de Gabriel García Márquez tales como *Crónicas de una muerte anunciada* y *Noticia de un secuestro* con ciertas características de la novela negra ya que se centran en una investigación que permite descubrir al autor de un asesinato a través de un ojo deductivo. Ésta se construye desde el punto de vista de la virtuosa perspectiva de un periodista, que así como *A sangre fría* de Truman Capote, sus tramas se centran en un crimen real y están narradas en estilo crónica. Además, aparecen otros autores latinoamericanos como el mexicano Paco Ignacio Taibo II con *Cuatro manos*, la serie Mario Conde del cubano Leonardo Padura, el brasilero Rubem Fonseca con *El Seminarista*, el colombiano Santiago Gamboa con *Necrópolis* y el venezolano Fedosy Santaella con *El dedo de David Lynch*.

En Ecuador la novela policial y negra no es nada ajena. La obra maestra del autor lojano Pablo Palacio “Un hombre muerto a puntapiés” (1926), justamente corre en la órbita de la narrativa detectivesca. Fue emblemática no sólo por ser la primera obra en topar el tema de la homosexualidad en la narrativa ecuatoriana, sino que la crudeza de la narración de Palacio fue basada en un crimen que realmente ocurrió.

Cabe destacar que en el Ecuador hubo una gran influencia del policíaco clásico. Es decir, el mismo detective de Pablo Palacio fue una mezcla entre un C. Auguste Dupin

(de Poe) y un Phillip Marlowe (Raymond Chandler). Esta teoría la sostiene el académico de las Universidad Andina Simón Bolívar, Guillermo Cordero (2013), que en su libro *La novela policial en el Ecuador* indica que el detective de Palacio, así como el de Poe toma el caso luego de leer un diario capitalino. El narrador anónimo lee el *Diario de la Tarde* en el que describe el asesinato de Octavio Ramírez, tal y como Dupin es acostumbrado a leer *La Gazette* para enterarse del homicidio de madame y mademoiselle L'Esplanaye. Posteriormente, el detective, decide tomar el caso (25).

Además, muy fiel a lo clásico, el detective de Palacio no es un hombre vinculado netamente con el cuerpo policial, sino que es un aficionado (como Dupin y Holmes), que busca solucionar el enigma —tal y como el mismo autor lo define— por “ser un hombre interesado en la justicia y nada más” (Palacio 1998, 93). En este sentido, también el detective depende de su capacidad para descifrar códigos y seguir las pistas de una manera ordenada. Pero, Palacio, al mismo tiempo se aleja del canon porque ya no coloca a su detective con la caballerosidad de Holmes o Dupin (como un hombre que no le interesa verse destacado por su capacidad intelectual) sino como alguien común y con bastante ironía que se ubica del lado del orden establecido y la ley. La capacidad del detective de Palacio (igualmente como los clásicos) hace que sea capaz de leer entre lo que está impreso, debe descubrir porque Ramírez es un “vicioso” y que significa la frase tan hilarante “¡Un hombre muerto a puntapiés!”. Después de esto, el personaje se dejará guiar por lo más importante que tiene un investigador: su intuición (Cordero 2013, 26-7).

Adicionando a lo que el académico Guillermo Cordero expone sobre que el detective de Palacio carece de este toque de ser un *gentleman*, se lo podría entender con un estilo muy parecido al de Phillip Marlowe de Chandler, sobre todo por su profundo sentido de la ironía. Lógicamente que la clara diferencia del rol entre Chandler y Palacio es que el periodista (que es el narrador en primera persona y quien toma el rol de investigador) del autor ecuatoriano sí estaba enfocado en la resolución del caso, a diferencia de Marlowe de Chandler, pero al mismo tiempo su obra también se enmarcó en una profunda crítica social. En este punto, el cuento de Palacio “Un hombre muerto a puntapiés”, se desenvuelve en cuatro enfoques al mismo tiempo: el del realismo, el modernismo, el detectivesco y en el del género negro.

A Palacio le importa el *por qué* más allá del *cómo* (al igual que Georges Simenon y Dashiell Hammett), siendo una narrativa más fría en tanto al tratamiento de situaciones y del protagonista. Alejándose de una influencia inglesa de esa misma época (ya que el Hércules Poirot de Agatha Christie era un completo *gentleman*) para acercarse más a un

estilo americano, que se compone no sólo de Estados Unidos, sino también de México y de Argentina, al cual el Ecuador es, por razones geográficas y culturales, más cercano.

Varios nombres importantes dentro de este género, destaca Cordero, tales como *Arcilla indócil* de Arturo Montesinos Malo (escrita en 1951 y publicada en 1959), *El destino* de Pedro Jorge Vera (1953) y *Háblanos, Bolívar* (1983) de Eliécer Cárdenas. Ya para casi entrar al siglo XXI aparecen otros importantes nombres como *La reina mora* de Santiago Páez (1997), *Anillos de serpiente* (1998) de Juan Valdano, *Los archivos de Hilarión* (1998) y *Condena madre* (2000) de Santiago Páez, *La muerte de Tyrone Power en el Monumental de Barcelona* (2001) de Miguel Donoso Pareja, *El caso de los muertos de risa* (2001) de Leonardo Wild, *Sara y el dragón* (2003), *El cadáver prometido* (2006) y *La conexión argentina* (2009) de Rocío Madriñán y *El último caso del Guatón Ramírez* (2007) de Leonardo Escobar. Además, cabe mencionar *El Toro de la Oración* (2002) de Óscar Vela, *Desde el silencio* (2014) de Francisco Proaño Arandi, *La muerte silva un blues* (2014) de Gabriela Alemán y *La curiosa muerte de María del Río* (2016) de Juan Pablo Castro Rodas.

Los temas que se muestran en este tipo de literatura son: la venganza, la depresión, el poder, la corrupción, la maldad, los celos, la ambición, etcétera. También, lo que no varió en el tratamiento de la novela detectivesca, es que posee una acción más naturalista.



## La deducción más allá de lo evidente

### 1. La novela policial: el arte de crear enigmas

La novela criminal posee una relevancia literaria tanto estética como social, lo que permite abrirse campo entre los lectores debido a su complejidad de creación que además despierta visiones distintas. Su estética ha cambiado, de tener un detective galante y educado (muy europeizado) a uno más apegado a las realidades cotidianas de los habitantes, sobre todo de los latinoamericanos. Así mismo, un detective que en un principio buscaba desenmascarar al autor de un asesinato, en la actualidad su labor evidencia sucesos que aquejan a nuestras sociedades como el sicariato y el narcotráfico.

El estudioso Gustavo Forero Quintero expone en su libro *La novela de crímenes en América Latina: un espacio de anomia social* que la novela negra en estos territorios cambia drásticamente. En esencia, se vuelve más compleja porque ya enfrenta temas como la corrupción y la ausencia del Estado “donde la ley brilla por su ausencia, y cualquier idea de sanción proviene de fuentes distintas al Estado de derecho. Esta situación necesariamente produce confusión en los individuos que la sufren, elemento psicológico que hace parte del fenómeno” (Forero 2017, 22).

Por otro lado, Forero también problematiza lo que implica escribir novelas negras en Estados Unidos o Europa. Incluso, en América Latina, dependerá mucho en qué país se lo haga. Es decir, no es lo mismo escribir una novela criminal en Cuba que en Colombia. Forero establece que la trama de la novela dependerá del grado en el que un sistema acepte o no un “grado de impunidad” (2017, 22). Bajo esa perspectiva, escribir una obra criminal cubana tendrá totalmente una carga de crítica (en menor o mayor cantidad) hacia el modelo socialista de la isla, algo muy parecido ocurriría en Venezuela. Mientras que en Colombia o Chile, una novela criminal más bien tendría una carga hacia conflictuar un modelo capitalista. Forero entonces dice:

En ella (la novela negra), la imagen objetiva de la ley se difumina en una imagen capitalista que exige a los individuos conseguir dinero por cualquier medio, y en tal lógica se asumen a los crímenes como ambiente normal de la vida. La realidad social e histórica de la criminalidad y la impunidad generalizada así lo demuestran. (2017, 22)

Sin embargo, hay la posibilidad aún mayor de discutir esta postura. En ese sentido, mientras Forero destaca la importancia de las novelas negras por su alto contenido de

crítica a distintos modelos sociales, como contrapunto, el filósofo español Fernando Savater (2014) en su libro *La música de las letras* opina que “sus predilectas son las obras de auténtico misterio, las que plantean un caso enigmático en el que hay que averiguar quién es el culpable y cómo se las arregló para cometer el delito, no las denuncias de violenta sociedad en que vivimos o los análisis posdostoievskianos de las variedades de sordidez psicológica que enriquecen la celebrada diversidad humana” (149).

De esta manera, los conceptos de Gustavo Forero (2017) se irán evidenciando. Explica que en Europa, existe un Estado de derecho más potente que América Latina y eso hace que, evidentemente, la manera de ver la novela negra entre ambos sea distinta. Si bien, tanto Estados Unidos y Europa pueden ser sociedades casi tan violentas como las latinoamericanas, la sensación de impunidad es mucho menor en esos territorios que en los nuestros (22).

Aunque, las posturas pueden ser diversas, la base en la que se estructura la novela negra puede darse no sólo por una serie de pistas y descubrimientos —que resulten verosímiles al lector— sino además porque el género negro posee estéticas propias. En principio, es necesario un crimen para que haya trama, la misma que desde ese punto se vuelve sórdida. En base al hecho, existe el investigador, la víctima, el móvil y el culpable que se conjugan siempre a lo largo de la novela. El investigador se siente un representante moral de la ley (así sea policía o no, pues hay que recordar que el afamado Perry Mason de Erle Stanley Gardner era abogado) y así se siente como el único capaz de descubrir al culpable, justamente porque al atrapar al criminal sabe que hay justicia para la víctima porque es un caso que no queda impune. Además, las tramas suelen ser análogas —escritas de atrás hacia adelante— para generar el suspenso que es el elemento principal.

La parte estética que se adecúa, con los años, es por ejemplo la personalidad del detective que dependerá, incluso de la profesión que tenga. En ese sentido, Harry Hole de Jo Nesbø es distinto a la investigadora Erica Falck creada por Camilla Läckberg. Falck es escritora mientras que Hole es detective de policía.

De este modo, se demuestra las diversas formas estilísticas de narrar que poseen las obras nórdicas. Es posible, tras estos ejemplos, notar una evolución del género. Tras recoger estas influencias, la trama de *Un saco de escorpiones* estará ambientada, una parte en Europa y otra en América Latina. Sin embargo, se situará en los cuarenta, un par de años antes de terminada la Segunda Guerra Mundial durante el período presidencial de Manuel Ávila Camacho quien tuvo estrechas relaciones con Moscú. Se desarrolla, el primer capítulo, en México gracias a que el hilo conductor de toda la novela es el veneno

del escorpión azul —especie endémica del desierto de Mérida— y el detective André Zinat determina la presencia de esta toxina en el cadáver de Natasha Rodríguez que desata los hechos del primer capítulo titulado “La dama de la discordia: el primer escorpión”.

Con lo antes señalado, incluso se podrá evidenciar ciertas corrientes del género negro que convergen en un mismo texto. De una manera no literal, el lector podrá notar que la condición humana es un motivo que siempre está presente en la literatura y aún más en lo *noir* que simplemente se va adaptando a cada una de las nuevas formas en las que se conciben las sociedades, pero que desde un lado pesimista, ese desarrollo y la necesidad de someter al otro (relación víctima y victimario) es lo que genera el móvil del crimen y de ese modo es necesario encontrar a alguien que desenmascare al criminal y demuestre el origen y el proceso de sus actos.

## 2. Origen y evolución de la novela negra

El hecho es que la novela negra es popular y diversa a pesar de la resistencia de cierta zona de la intelectualidad y la crítica que la considera “menor”, pues quedaría así en tela de duda esta afirmación debido a la complejidad que implica la creación del enigma de las obras de crimen. Ya que es un género que permite exponer las formas viles y retorcidas de la expresión humana y demanda conocimientos varios a su autor que lleva a que la narración sirva de ilustración de cultura general al lector. El término “novela negra” nació en Francia y fue el poeta Jacques Prevert, quien llamó “negra por primera vez a la novela negra” (Tenorio 2013) por el simple hecho de que este tipo de obras se publicaban bajo el sello editorial Gallimard (de 1945) y todas eran encuadernadas totalmente en negro. Sin embargo, con la llegada del cine americano con películas como *El halcón maltés* de John Huston —inspirada en la novela del mismo nombre de Dashiell Hammett— debido a las “oscuras y frías” tramas, se crea el término *filme noir* en París y así se vuelve un punto más estético. Mientras, en España se sigue utilizado sus subdivisiones como válidas tales como “novela negra”, “novela criminal”, “novela policial”, “novela detectivesca” o “novela de suspenso”.

Gustavo Forero, problematiza esta perspectiva y en América Latina resulta todavía más complejo crear novelas negras. En Cuba, Paraguay o Venezuela (la novela negra) evidentemente es menos “sublime” en un sentido del manejo de las tramas, pues se desapega de ese “romanticismo” de un detective incorruptible y moral. Por tanto, en Latinoamérica no sólo se trata de crear un enigma creíble y un investigador inteligente,

sino que juegan aspectos más importantes como “la relación entre el escritor, su producción literaria, y elementos precisos de una serie de eventos de una historia nacional resulta trascendental para la comprensión de la obra y de la perspectiva de la criminalidad en América Latina” (Forero 2017, 26) . En sí, el género negro en Latinoamérica es puramente político.

Sobre la base de lo antes citado, es posible centrarse en hechos como la revolución cubana. Más allá de Fidel Castro y el Che Guevara, existió un personaje mítico, un americano que abrazó a Castro y fue espiado por la CIA. Este hombre llamado Ernest Hemingway, fue parte de conflictos y de una vida azarosa cuyo trágico final inspiró al escritor cubano Leonardo Padura. En la novela *Adiós, Hemingway*, Padura, expone una serie de pistas que están esparcidas en la casa-museo de Ernest Hemingway, en La Habana. Allí, en el jardín, murió un hombre con varios disparos en el pecho. Entonces, el afamado Mario Conde, acude para investigar el caso. Entre los descalificativos y la forma agresiva de actuar de Conde, el narrador hace una breve descripción de su pasado y psicología, basado totalmente en lo antes expuesto por Forero:

En sus años de policía al Conde le gustaba enredarse en casos como éste, donde se sumergía hasta perder la respiración y casi la conciencia, expedientes en los cuales se perdía al extremo de convertirlos en su propia piel. Después de todo, alguna vez había sido buen policía, a pesar de su aversión por las armas, la violencia, la represión y la potestad otorgada a los de aquel oficio para aplastar y manipular a los otros a través del miedo y los mecanismos macabros de todo aparato de poder (2015, 106).

El origen de la narrativa criminal, en esta parte del continente, echa sus raíces en México, donde el detective privado figura desde 1917 tras la creación de la Comisión de Seguridad —siendo Rafael Bernal el inaugurador de este género—. La época de oro de los detectives (que se caracterizó por presentarlos vestidos de traje, gabardina y sombrero de ala ancha que mantenían el cigarrillo en la comisura de los labios) fue desde 1938 (durante el período presidencial de Lázaro Cárdenas) hasta el de Manuel Ávila Camacho (que culminó en 1946). El segundo nombre mencionado tuvo vínculos con la URSS siendo un poderoso aliado de Stalin. Así, Tanto México, D.F. como Moscú formaron una enérgica alianza diplomática y llegaron así a inaugurar embajadas bilaterales. Históricamente la presidencia que tuvo Ávila Camacho es recordada por su forma de gobierno procomunista. Aquellos sucesos inspiraron la trama de la obra *El complot mongol* de Bernal, inspirada justamente en dichos eventos históricos.

Desde otro punto estético, la novela negra no permite ambigüedades ni cabos sueltos en su trama lo que demuestra que debe ser explicada con suma cautela para evitar cometer errores. Por esa razón, este es un género en el que el escritor debe precisar detalles con sumo cuidado, haciendo de éste, un género complejo de abordar. Lo antes expuesto es posible demostrar en el cuento “El misterio de Marie Rogêt” de *Narraciones extraordinarias* de Edgar Allan Poe donde se puede leer lo siguiente:

—No hace falta que le diga —dijo Dupin, mientras terminaba de examinar mis notas— que este es un caso mucho más complicado que el de la calle Morgue, ya que difiere un aspecto muy importante. Este es un caso *común*, aunque atroz de crimen. No hay nada especialmente desmentido en él. Podrá usted observar que, por esta razón, el misterio ha sido considerado fácil cuando, por esta razón, debería ser considerado de difícil solución (2012, 116).

Así, a través de este fragmento, queda evidenciada la complejidad que supone crear narraciones de corte detectivescos, las cuales desde sus principios ya poseían un gran estilo y juegos de lógicas envolventes para quienes lo leían.

Existen, dentro de lo criminal, obras tan extensas como las novelas de Don Winslow a casos policíacos que no requieren muchas palabras para llevarlos a cabo. Ese es el caso del relato “Los asesinos” de Ernest Hemingway recopilado en su antología completa titulada *Cuentos* de 1938. Entre escuetas descripciones y entretejiendo diálogos simples expone directamente lo que desean Al y Max:

—Dime, chico listo —dijo Max—. ¿Qué crees que va a ocurrir?  
George no dijo nada.  
—Te lo diré —dijo Max—. Vamos a matar a un sueco. ¿Conoces a un sueco grandote llamado Ole Anderson?  
—Sí.  
—Viene a cenar cada noche, ¿verdad?  
—Viene a veces.  
—Viene a las seis en punto, ¿verdad?  
—Si viene. (2019, 342)

La maestría de Hemingway al momento de narrar este cuento es que sólo necesita ambientar todo en una cafetería llamada Henry’s. Describe lo que comen Max y Al. Coloca dos rehenes, un negro que es cocinero y al encargado del local llamado George. ¿Lograrán los dos sicarios cumplir su cometido? Allí radica la clave del enigma, además de saber dónde está Anderson y por qué lo buscan. El misterio está colocado en tan sólo doce páginas y media.

Por otro lado, lo negro se nutre esencialmente de lo siniestro, que necesita de una explicación naturalista. Sin embargo, también pueden conjugarse elementos sobrenaturales que, en un principio, no poseen explicación racional. Pero, el detective, es capaz de desentrañarlos con su deducción. Por ejemplo, *El sabueso de los Baskerville*, de Arthur Conan Doyle posee una trama de tipo argumental fantástico-siniestra (Carroll 2005, 311). De este modo, se evidencia que lo criminal puede romper una estética, si se lo propone, incluyendo elementos, como ya se mencionó, de carácter sobrenatural para provocar rechazo o asombro en el lector. En el libro, *Filosofía del terror o paradojas del corazón*, el filósofo, Noël Carroll, explica en este caso en particular que: “muchas de las tramas argumentales (de las novelas de terror y policiales) pertenecen a la categoría de lo fantástico-maravilloso” (2005, 311). Esto se cumple cuando el lector vacila entre explicaciones naturales y sobrenaturales (311).

No podría negarse que Borges, cuando escribía cuentos policíacos, a pesar de que utilizaba lo fantástico —como género— y la ciencia ficción, buscaba eludir, en estos casos, al realismo por lo que utilizaba como técnica narrativa el humor y la ironía. Sus historias no son compatibles con lo periodístico —nada más real que la escritura de un periodista, sobre todo por el reportaje y la noticia— sin embargo, en Borges no existe en absoluto, tampoco, un estilo de crónica como sí lo hizo Gabriel García Márquez. Además, Borges, reniega totalmente de la crónica roja, así como su amigo Adolfo Bioy Casares, que resulta muy íntima con lo policial y ambos la cultivaron fuera de ésta. Si uno lee a Poe, a Highsmith, a Hammett, a Conan Doyle, a James M. Cain o a Chandler se los encontraría en un diario, al puro estilo de crónica roja. Su estilo, en ese sentido, puede que pase desapercibido estéticamente hablando. Esto no ocurre con Borges, pues es muy improbable que su estilo pudiera ser creído como un hecho real.

La deducción puramente dicha está en otras obras, también de Conan Doyle. Sherlock Holmes perfecciona la ciencia de la deducción como ninguno en su contexto. Para esto, Conan Doyle no sólo hace que Watson se sienta asombrado por la habilidad neta de Holmes, sino que su detective en cuantiosas ocasiones hace quedar en ridículo al inspector de Scotland Yard, Lestrade. En *Estudio en escarlata* se narra el asesinato de un hombre llamado Enoch J. Drebber, oriundo de Cleveland, Ohio, Estados Unidos. El crimen es detallado en una carta que le es entregada a Holmes por un agente de Scotland Yard, el comunicado es firmado por Tobías Gregson. En una parte de la novela se lee:

Hacia el extremo del pasillo arrancaba de éste un corredor, abovedado y de poca altura, por el que llegaba a un laboratorio de Química.

Consistía éste en una sala muy alta, llena por todas partes de botellas alineadas en las paredes y desperdigadas por el suelo. Aquí y allá, anchas mesas de poca altura, erizadas de retortas, tubos de ensayo y pequeñas lámparas Bunsen de llamas azules onduladas. Un solo estudiante había en la habitación, y estaba embebido en su trabajo, inclinado sobre una mesa apartada. Al ruido de nuestros pasos, se volvió a mirar y saltó en pie con una exclamación de placer:

—¡Ya di con ello! ¡Ya di con ello! —gritó a mi acompañante, y vino corriendo hacia nosotros con un tubo de ensayo en la mano—. Descubrí un reactivo que es precipitado a la hemoglobina. (2007, 14).

Si bien es un fragmento largo, ilustra cómo funciona la mente deductiva de Holmes. Mas, es importante anotar, que en ese mismo libro, a Holmes se lo muestra como un consumidor de cocaína, lo cual es un punto para justificar su mente sagaz. De este modo, se incluye un elemento adicional que también tendrán otros detectives que vinieron luego de Holmes como Sam Spade de Dashiell Hammett que bebía licor barato, así como Phillippe Marlowe de Raymond Chandler y Harry Hole de Jø Nesbo.

De esta manera, se puede mostrar, como con el pasar del tiempo, el detective se irá deformando para volverlo una figura más humana y desde luego controversial.

### **3. De Sherlock Holmes a André Zinat**

Cursaba mi quinto semestre de Periodismo en la Universidad de Las Américas (UDLA) y hasta entonces nada parecía fuera de lo común. Pero, en un día, todo cambió vertiginosamente. El profesor de radio (el periodista deportivo Diego Melo) nos pidió a los estudiantes crear un radioteatro cuyo principal eje era la creación de una historia propia. Tenía a la mano un libro de Agatha Christie que contenía en el mismo tomo las novelas *Diez negritos* y *El misterioso caso de Styles*. El ejemplar es de una edición RBA de 1994 comprado por mi abuelo. Debo decir que la imagen del personaje Hércules Poirot me atrajo sobremanera.

Para la actividad académica, inventé las características y la personalidad de mi propio detective a quien llamé André Zinat. Si bien es cierto, el radioteatro me dio el empujón para la creación de Zinat y su asistente (al que posteriormente bauticé como Gregorio Futes), el tiempo y la extensión del guion para el trabajo no me permitió más que crear un caso breve que no duró más de cinco minutos. La personificación del detective fue muy rápida y yo mismo me metí en su persona con mi voz. Entonces, partí de la idea de darle un mayor matiz y protagonismo y me impuse el reto de volverlo un

personaje de novela. Así nació la idea de redactar esta serie de casos (aparentemente aislados) que llevan por título *Un saco de escorpiones*.

Me enfoqué principalmente en que la novela debía tener un narrador testigo en primera persona quien sería el encargado de desarrollar la trama. La intención es que el lector mire a través de los ojos de Gregorio Futes el caso planteado que debe desentrañar André Zinat. En ese sentido, aquello también me permitió diseñar, y evidenciar, una personalidad más definida al detective y que se sepa exactamente cómo es (físicamente), viste y piensa. Futes narraría el caso criminal en pasado como si la novela fuera un gran diario, para darle una sensación de suceso y que resulte más realista. El ayudante del detective, en teoría, debe comprender su método y tratar de reflexionar lo que implica el caso criminal y las necesidades personales del investigador. Esto, sin embargo, no necesariamente se cumple. En *Un saco de escorpiones*, Futes puede tergiversar el caso o apuntar erróneamente sus conclusiones para dar realce al detective y dar al lector un falso desarrollo del crimen antes de que éste concluya.

André Zinat es parte francés y parte mexicano. En sí mismo es un homenaje a los dos países donde más novela negra se escribe y se lee. Tanto México como Francia son países donde el género de intriga cae muy bien en la sociedad y es muy consumido y resulta el tipo de literatura predilecto para escribir. En el caso de México, muchos críticos y escritores, entre ellos Forero, consideran que la violencia que está impregnada en la sociedad permite que la gente consuma obras de crimen. Por otro lado, en Francia fue donde el género cobró mayor fuerza porque fue su cuna. Zinat es diferente a otros detectives, pues éste casi no fuma pipa, sino que prefiere cigarrillos comunes que guarda en una pitillera en el bolsillo interior de su chaqueta. Otro aspecto es la primera impresión que tiene Futes cuando conoce a Zinat, ya que Futes desconfía porque lo ve como un hombre demente, permitiendo que el lector dude de la veracidad de lo que dice Zinat, aunque con el desarrollo de la trama éste se va revindicando y Futes pasa, casi como en gran parte, a ser él el que saca conjeturas apresuradas.

La particularidad de este género radica en la complejidad de crear un detective original y de gran relevancia para que no sea absorbido por los antecesores creados por otros autores. Sin embargo, al ser un género con estética propia, hay ciertos cánones que seguir para cumplir la expectativa de quién lee. Entonces, evidentemente, la trama empieza con un crimen. Natasha Rodríguez es una joven que fue asesinada en el apartamento de su amante. Las pistas revelarán que los inquilinos fueron parte de ese atroz crimen. Zinat, entonces, busca pistas en el cadáver, ve un cuchillo ensangrentado y



trata de pensar en cómo armar el rompecabezas. Allí es dónde se produce el suspenso. Luego, tras dar con el responsable, Zinat decide tomar otro caso. En la muerte de Natasha se descubrió que el veneno del escorpión azul sirvió para inmovilizarla previo a darle muerte.

Poco después, un marino es hallado muerto en un puerto mexicano. Así mismo, se necesitó que todas las pistas estén en el ambiente: en el barco donde estuvo tiempo antes la víctima, Zinat interrogando a los testigos y analizando en qué lugar estaba cada uno. Un narrador miope que saca conclusiones apresuradas para despistar al lector... Un suceso, que buscan hacerlo pasar por sobrenatural al hallar un pentagrama de invocación demoníaca, pero que resulta tener una lógica explicación. Al final, un victimario que busca en el suicidio su forma de escapar. Entonces, al ver unas cajas de madera repletas con la toxina del veneno, es momento en el que Zinat averigua la terrible verdad, aquello cada vez es un tema más grande.

Siempre, un detective debe tener un momento para analizar las ideas y en su mente sacar conclusiones lógicas. Las cajas tenían como destino llegar a Londres y en el trayecto del viaje empieza a sacar sus conjeturas. Futes, entonces, al llegar a Inglaterra, cree tener una *superioridad* con su amigo, pero, en ese mismo punto, descubre que en realidad está en desventaja. Como otro elemento, dentro del género negro, un personaje relevante es la *femme fatale* (mujer fatal) quien tiene como objetivo evitar que el detective cumpla su misión. Utiliza sus encantos para seducir y *ocupar* al protagonista para desviarlo de su motivación. Es parte del viaje del héroe (como Ulises y las sirenas en la *Odissea*).

El crimen permite develar la falta de justicia, la inmoralidad, la vileza, el destino, la discriminación, venganza, poder, la corrupción, el racismo que quedará plasmado ante la resolución del caso que evidencia el móvil que llevó a cometer un acto indebido. Cada individuo posee la necesidad de correlacionarse entre sí —más desde una perspectiva occidental—. El detective es una especie de héroe que cura las heridas que resquebrajan la sociedad gracias al crimen que busca dinamitar sus cimientos. Un sociópata es una persona que desde una visión de locura busca provocar el caos y causa temor en las otras personas quienes temen ser la siguiente víctima. Esto incluso podría derivarse por una relación que posee el ser humano por tratar de adaptarse a su entorno.<sup>1</sup> Por esta razón, cuando el hombre no logra adaptarse a su entorno, o peor aún, éste lo corrompe, sus

---

<sup>1</sup> El biólogo Brian K. Hall en su libro *Biología evolutiva del desarrollo* destaca que toda especie animal, entre ella la humana, posee una serie de elementos biológicos que le permite adaptarse a su ambiente, sobre todo desde dos conceptos claves: *la adaptación* y *el cambio evolutivo*.

actitudes pueden ser impredecibles. Por ello, se estudia que muchos asesinos seriales famosos como BTK, John Wayne Gacy o Harold Shipman tuvieron infancias traumáticas, entornos ligados al alcohol o las drogas, deseos sexuales reprimidos, familias rotas o una escasa (o nula) capacidad de ser aceptados o encajar en su grupo social, por lo que buscaron en la violencia una salida, incluso como venganza, y en el asesinato su justificación.<sup>2</sup>

En el caso de *Un saco de escorpiones*, es el perfil del antagonista quien cobra relevancia. Es el de un ser igual de inteligente que Zinat para ser su opuesto. Colocará una serie de coartadas para cubrir su rastro. Iván Nóvikov al ser científico (un médico) puede anticiparse a los movimientos de Zinat y presenta un comportamiento belicista.

La trama de *Un saco de escorpiones* estuvo influenciada en *El complot mongol* de Rafael Bernal. En ese sentido, *Un saco de escorpiones* también se centra en un complot político. Si bien, en la novela de Bernal, hay un caso que involucra a México con China durante la Guerra Fría, *Un saco de escorpiones* se ambienta unos veinte años antes. Sin embargo, fue importante la lectura de esta novela para comprender las relaciones internacionales de México, su política interna y descubrir los viajes de Filiberto García, el detective, quien es culpado de querer matar al presidente de los Estados Unidos. Así, la idea de un “detective viajero” resultó relevante para hilar la trama. Entonces, por esa razón, André Zinat, detective de *Un saco de escorpiones*, irá en búsqueda de Iván Nóvikov, por lo que viaja fuera de México.

El escenario, como otro personaje más, cobra un rol importantísimo en la novela. Allí están las pistas que Zinat irá encontrando para ir desentrañando el caso que está a su alrededor y hallar la solución. Esto también genera escenas que para el lector no existen o pasan desapercibidas en un comienzo, previo a que se narre lo que ve el ojo investigativo de Zinat. Es importante que el narrador posea un conocimiento lo más exacto de las locaciones y sus costumbres (eso también lo ve el detective). Allí, se describen las habitaciones, el cadáver encontrado, las armas, los ruidos del ambiente tales como las tablas que crujen, las puertas que se cierran, los insectos que caminan, la sangre encontrada y cada cosa que sirve como indicios y otras que son descartadas por su irrelevancia.

Lo que esta idea permite es entender que en la literatura —así como en el cine, en la danza o en el teatro—, no sólo los personajes humanos son importantes, sino el

---

<sup>2</sup> En el caso del asesino Dennis Rader (BTK, siglas para *Bind, Torture and Kill*) desde niño generó un deseo de atar, torturar y matar animales.

escenario que es también un personaje más en la historia. Esto ocurre también en *Un saco de escorpiones* cuando personajes y el entorno interactúan.

Por otro lado, las novelas negras, tienen ese ambiente pesadoso y poco optimista. Zinat, por esta razón usa la ironía de vez en cuando para bajar el nivel de tensión (elemento usado en autores como Agatha Christie o Arthur Conan Doyle) que incluso sirve como respiro para el lector. Zinat no pierde oportunidad para increpar al sargento Hugo Vallarta de la policía mexicana o al propio Futes. Debido al tipo de narrador, el lector podrá sentir incluso que estas ofensas son más directas, casi que hacia el lector propiamente dicho. Cabe destacar que, si bien hay ironía en la novela, aquello no es una caricaturización del género. Zinat posee como una imagen personal del fracaso la de Erik Lönnrot (el personaje de Jorge Luis Borges que no logra resolver ningún caso). Esta sería la muerte para el personaje.

Durante la narración, también hay cartas o diarios con fechas inconclusas (pues la trama no está definida directamente) sino que ésta se irá descubriendo por ciertos indicios como el año de los vehículos que Zinat identifica. Así, un auto Rolls Royce modelo 1944 es lo único que se verá como aspecto relevante del año de la trama. Este recurso epistolar permite narrar eventos anteriores a la trama para romper la linealidad de la construcción de la novela.

Las novelas *El hombre que fue Jueves* (G.K. Chesterton), *El signo de los cuatro* (Arthur Conan Doyle), *El misterioso caso de Styles* (Agatha Christie), *Desde el silencio* (Francisco Proaño Arandi), *El observatorio* (Michel Connelly) y *El grito de la lechuza* (Patricia Highsmith) fueron muy importantes para el desarrollo de esta novela. Mi idea siempre fue clara: generar intriga en mis lectores.

Como punto de cierre, *Un saco de escorpiones* es una narración que se construye con elementos del género detectivesco de investigación que permite desarrollar un rompecabezas lógico para generar suspense y dar giros lógicos e inesperados dentro de la narración para mantener interesado al lector.



## Novela *Un saco de escorpiones*

### 1. La dama de la discordia: El primer escorpión

#### 1

La primera vez que escuché sobre monsieur André Zinat creí que se trataba de un vil personaje de ficción de alguna novela de detectives. Sabía de antemano que la mente de Zinat era bastante fina como una navaja. Leí, también, que el curioso hombre había perdido un poco la mente. Su personalidad radicaba casi en su locura, en una aguda esquizofrenia tal vez. Otros rumores llegaron a mí y decían que perdió a sus padres a causa de una peste que azotó Europa el siglo pasado y que ello era la causa de su demencia. Me comentaron que el hombre, en momentos de euforia perdía todo respeto y caballerosidad y tuteaba a su interlocutor.

Hace dos años me gradué en Derecho por la Universidad Nacional Autónoma de México y me especialicé en Política en la Universidad de Londres. Siento ahora cierta nostalgia al dejar la capital inglesa. Sin embargo, regresé a México porque se me había ofrecido el cargo máximo en la Procuraduría General de la República, iba a ser el abogado del Estado. No obstante, nunca imaginé lo que me esperaba tras mi retorno. Yo no tenía la menor intención de dejar pasar dicha oportunidad. Me había llegado una carta a Gran Bretaña indicándome que mi nombre había sido considerado para ser Procurador, quería pensar que esto no sería por las conveniencias electorales. Al parecer, y hasta donde tenía entendido, mi antecesor salió de su cargo en circunstancias dudosas. Por coincidencia, mi padre ocupó dicho cargo en 1939.

Guardé mi equipaje y abordé un *ferry* que me llevaría a París. Luego, en avión, regresé al país en el cual había nacido. Llegué agotado por el viaje, no tenía más que una maleta de mano. En Londres había comprado una casa, allí tenía mi coche y un bulldog de nombre Watson que era el mimado de mi criada, Camila. Le dije a ella que vendría de

nuevo a América pero que no se preocupara, el comunicado decía que el cargo lo ocuparía provisionalmente.

Apenas pisé suelo mexicano, el capitalino propiamente, me encontré con un viejo colega de la academia. Era un sujeto regordete de ascendencia griega cuyo pasado desconocía casi totalmente. Nunca quiso hablar de ello. Él me había estado esperando en el aeropuerto.

—¡Eh, Futes, viejo amigo! —dijo Enrique Treverius, levantado la mano en ademán de saludo.

Me volteé y lo vi. Lo recordaba tal y como cuando fuimos estudiantes. Los años parecían pasarle como si tuvieran un manto invisible.

—Colega, ¿cómo estás? ¡No te veía desde hacía años! —contesté con el mayor entusiasmo a Treverius.

—Me encuentro de las mil maravillas, pero tal vez no tanto como tú. Supe que has sido asignado a un importante cargo. Ya era hora que este país haya puesto el ojo en ti. He averiguado que complementaste tus estudios en política.

—En efecto —dije sonriendo.

—A propósito, ¿tienes alojamiento?

—Me temo que no —respondí con aire de preocupación—. Lo cierto es que aquí ya no tengo allegados. Pensaba telefonar a una amiga de mi hermana, pero...

—Oh, despreocúpate, hombre. Conozco a alguien con quien podrías estar hasta que te busques tu casa propia.

—¿Es amigo tuyo? —inquirí intrigado.

—Desde luego. Bueno, es un conocido de mi familia —corrigió Treverius.

—Ya. ¿Dónde está él?

—Supongo que en su casa si es que no ha salido al Departamento de Policía a que le asignen un caso. O, lo más seguro, es que esté en una biblioteca pública. Nadie sabe dónde se lo puede hallar en realidad. Es un hombre muy misterioso.

—¿Es eficiente? —le pregunté con la intención de conocer más a fondo al misterioso personaje del que hablaba mi amigo.

—Bastante.

—¿Cómo se llama?

—André Zinat —dijo Treverius sonriendo mientras se llevaba un cigarrillo a los labios.

Al salir del sitio, el cielo empezó a rugir.

—He oído cosas de ese hombre... Parece que habrá tormenta —dije para desviar el hilo de la conversación.

Treverius sonrió.

—Bueno, Futes. ¿Deseas conocer a un personaje excepcional?

—¿Te refieres a Zinat?

—Claro, ¿a quién sino?... ¿Te interesaría conocerlo? —insistió.

Yo me quedé un rato en silencio, mi incredulidad se veía reflejada en mi rostro a juzgar por la mirada de mi compañero. Dejé mi maleta en el piso. Exhalé un suspiro y vi que Treverius se paró delante de mí en espera de que le responda. Sabía que no podía evadir por más tiempo la pregunta, pero siendo honesto, ha pasado largo rato desde que había compartido una habitación con otro hombre. A pesar de mi incomodidad, al final terminé accediendo.

En el trayecto hasta la morada de Zinat, saqué de mi bolsillo una pequeña libreta de unas amarillentas páginas que usaba a manera de diario. Entonces tomé una pluma que llevaba en el interior de mi chaqueta. Allí escribí con la mejor caligrafía que pude:

*15 de mayo de 194...*

*He regresado a mi país tras algo menos de tres años de ausencia. No puedo decir que se me hizo fácil abandonar Inglaterra, más aún, después de todo lo que viví. Mi padre falleció hacía poco y lo han enterrado aquí. De regreso a la capital me he topado con un viejo amigo mío. Me ha conversado de un tal André Zinat, ha dicho que es un “hombre excepcional” y que me hospede con él. Espero no se equivoque. De cierto modo su nombre me es relativamente familiar. Hasta ahora un sexto sentido me alerta que de aquel encuentro no saldrá nada bueno. Será mejor que guarde distancia con aquel caballero...*

Al llegar me di cuenta de que estábamos en un gran barrio. Llegué a una zona conocida como Polanco. Tragué saliva. Me sentía algo nervioso, no puedo mentir. Ver aquellas casas enormes me hizo sentir aún más la nostalgia de la amplitud con la que gozaba en mi residencia de Hampstead en Londres. Me saqué el sombrero y me agaché para bajar del coche. Treverius caminó un par de pasos y llegamos ante un gran portón de hierro. Lo empujó y éste cedió. Cruzamos un patio enorme que estaba dividido en dos partes iguales por un camino de rocas colocadas de manera intencional. Un par de sauces llorones agitaron sus hojas al ser besadas y acariciadas dulcemente por el viento. Ante

nosotros asomó una casa de estilo colonial. Llegamos ante el umbral de la puerta y Treverius la golpeó con los nudillos. Tras hacerlo un par de veces, y al no haber respuesta por unos minutos, me incitó para que nos vayamos. Yo estaba seriamente dispuesto a seguir su consejo.

—¿Crees que a tu amigo no le vaya a molestar que hayamos entrado así sin más?  
—pregunté con nerviosismo.

—Tranquilo, es muy confiado. Posee el *toque europeo*.

Suspiré y salimos a la acera para retornar. Nos quedamos parados un instante para que me familiarizara con el barrio y poder regresar solo en unas horas. Tras varios instantes consulté mi reloj. Estuvimos parados tres cuartos de hora. Repentinamente asomó una extraña figura.

Un hombre de mediana estatura caminaba con despreocupación, sostenía un bastón y tenía una gran galantería. Usaba un traje negro de rayas, una corbata roja y un sombrero gris de ala ancha. Una cadena dorada brillante le atravesaba la pechera del chaleco, ésta se ladeaba con cada paso que daba. Se detuvo en seco. Nos miró a ambos. Desde luego extendió la mano a Treverius.

—¿Quién es este hombre? ¿Es usted, acaso, un policía? —preguntó el hombre con extraña aspereza. Su físico también era bastante raro: tenía una nariz larga, un bigote y barba como los de Cyrano de Bergerac y modulaba la voz con un ligero acento francés mezclado con su peculiar acentuación latina. Era un hombre que, calculo, superaba los cuarenta años con facilidad, tal vez casi llega a los cincuenta. Era de cejas delgadas y de cara alargada—. ¿Y bien...? ¿Es que nadie dirá nada?

—André —dijo Treverius en tono de presentación— él es mi amigo de la universidad, Gregorio Futes.

—¿Futes... ha dicho Futes...? —Abrió demasiado los ojos, parecía casi un gato—. ¿Acaso alguien de su familia ocupó un cargo público, señor?

—Futes, solamente, sin el “señor” si es tan amable ¿monsieur...?

—¡Nada de eso! Si no es usted ningún “señor”, yo no soy ningún “Monsieur”, ¿comprende usted?

Asentí.

—Bueno, aún no me ha respondido. ¿Fue su padre importante para esta sociedad? Miré sus ojos aceitunados. Luego le sonreí.

—¿Por qué tanto interés en mi vida, monsieur Zinat?



—¿Acaso usted abriría su casa a un vulgar desconocido sin saber nada de él? ¿Cree que desconozco que su padre, Sergio Futes, fue uno de los más notables procuradores de este país y que él, más de una vez, arriesgó su vida por su puesto con tal de hacer siempre lo correcto? Al final le llegó la muerte por una tragedia. ¿O cree que desconozco que usted vino de Europa esta mañana y que posee estudios de política en la Universidad de Londres? Hmmm... eso por no mencionar el hecho que usted es un tipo arrogante. Sólo con verlo huelo su ego a diez kilómetros de distancia. Pero le advierto, es usted o ese ego. ¡Ambos no caben en mi casa!

Me quedé sin palabras. No supe que decir. Zinat me clavó su mirada aún más profundamente. Un gran mechón de pelo blanco le salía por debajo del sombrero y caía por sobre su frente.

—Resulta ser muy *extravagante*, monsieur Zinat. Pero si sabe todo eso, ¿por qué espera que yo se lo diga? Sería redundante.

—Es usted un caballo. Pero qué más da. Cualquiera que venga a destruir mi soledad es bienvenido. Y como le he dicho, deje también el “monsieur” aquí fuera. — Acto seguido señaló la calzada con una mano blanca muy pulcra.

Zinat caminó delante de nosotros por sobre el camino de rocas. Luego se paró delante de la puerta. Sacó un manojó de llaves de su chaqueta e insertó una en la cerradura. El seguro cedió. Treverius se fue y yo lo despedí con la mano.

—¿Va a entrar? Hace frío acá afuera.

Asentí moviendo la cabeza.

—¡Estupendo, tampoco habla cuando no debe! Eso es lo que más aprecio en un hombre.

## 2

La casa de Zinat tenía ventanas angostas casi no dejaban entrar más luz de la necesaria. La sala tenía un sofá marrón aterciopelado, una mesita esquinera estaba adornada con la figura de una bailarina hecha de porcelana, tenía el pie en punta y los brazos en posición de flecha sobre la cabeza. La mesa central era de madera tallada. La punta de los cuatro soportes tenía la forma de las garras de un león. Un felino rugiente de cerámica lucía imponente sobre el mueble. Una butaca sola tenía algunos libros sobre el asiento. Casi no se podía ver la cocina. La puerta lucía entrecerrada. Pero un pequeño comedor se dejaba ver entre dos paredes que formaban un corto y oscuro pasillo. Había,

además, un aparador colmado de cristalería. Zinat, antes de ingresar a su morada, me comunicó que tenía una criada, sin embargo, ella parecía no existir, el lugar estaba lleno de polvo, suciedad y un fuerte olor a cigarrillo colmaba toda la atmósfera.

—¿Desea tomar algo?

—Le agradezco, pero no quiero nada.

—Vale. —Zinat caminó hasta un pequeño bar rodante donde tenía varias botellas de licor. Ninguna tenía el contenido intacto. Después de servirse un poco de coñac, me miró fijamente.

—Su acento me es peculiar. ¿Es usted francés? —le pregunté.

—*Oui*, claro. Pero no del todo. Es el único que ha agudizado el oído para dar con mi acento, ¿sabe usted? Muchos no logran descifrar el detalle que delata a mi doble nacionalidad. Hasta han llegado a confundirme con un ruso, sobre todo los policías. Yo nací en este país. Mi padre era francés. Yo, contemporáneo a Charles de Gaulle. ¡Sí que son unos caballos esos policías! ¿Qué opina de eso?

—Yo supongo que es verdad —apunté mientras me rascaba la nuca con duda—. Sabe, en eso somos parecidos. En realidad, yo también nací en México mi padre quiso que naciera en su país, pero mi madre era española. Después de mi nacimiento, regresamos a España, pero con la dictadura franquista, quisimos regresar a este país en busca de mejores oportunidades. Mi madre quiso quedarse, pero mi padre no pudo hacerlo. Yo entré a estudiar derecho un año después del golpe de Estado de Franco. Nací en 1919. Con mi padre solíamos hablar de lo grandioso que es Churchill, por ejemplo. Cosa rara. Oh, yo siempre le he admirado. Espero que en esta guerra también acabe con Franco. Me parece un gran hombre Churchill... creo que él, de cierta forma junto a las conversaciones con papá, me inspiró para que estudiara política. Los fascistas mataron a mi madre... Mi padre me pidió que estudiara en España para cuidar de mi madre, él se quedó aquí porque ocupaba un cargo importante... Pero tras el asesinato de mi madre, mi padre decidió quitarse la vida. Salí de la Complutense y me instalé en Londres, donde al fin estudié y me gradué... Quizá yo también esté destinado a ser un gran hombre...

Zinat me miró y luego terminó el coñac de su copa, allí mismo, de pie.

—Bah, no me diga de grandes hombres. Yo detesto a los ingleses. Odio la cerveza, prefiero un vino, no tomo tequila ni mezcal, jamás tome el mezcal de un solo trago, sólo que quiera que lo tomen como un *naco*. Detesto el fútbol, prefiero el golf. Aunque en lo personal, yo practicaba box y sé de esgrima. La esgrima es un deporte de astucia, de inteligencia, es de caballeros. El fútbol es muy bruto, y el ajedrez, en el otro extremo, es

muy aburrido si usted no comprende lo que hay detrás de ese juego, no es algo que usted haga presenciado un recital de mariachis. Jugar una partida con usted espero no sea como dar un paseo por el Zócalo.

—¿No me vendrá usted a decir esas cosas triviales como que el ajedrez es como la vida? —dije arqueando las cejas.

—No, claro que no —Zinat me hizo sentar al frente de él. Luego se puso de pie. Regresó con un tablero de ajedrez. Lo acomodó y empezamos a jugar. La partida parecía lenta, pero luego se puso interesante—. Usted ha mencionado a Churchill, ¿no es verdad?... Imagínelo a él jugando al ajedrez con Hitler. ¿Quién cree que ganaría? Responda imaginando que no sabe todavía el resultado de la guerra, así como esta partida que está frente a usted. Pero le pido que piense bien antes de hacerlo. Digamos que usted es Churchill y yo, pues, Hitler.

—Yo creo que...

—¡No se apresure! Primero analice la situación. Debe saber quiénes son sus aliados, es decir con que piezas piensa jugar usted dentro de su propio juego debe ver quién (o quiénes) obstaculiza el movimiento de sus propias fichas...

—¿A qué se refiere? Sólo importa que Churchill y Hitler se enfrentan este duelo, ¿no es así?

Zinat rio.

—¡Claro que no! ¿No recuerda usted como Winston llegó a ser Primer ministro? El 7 de mayo de 1940, era martes. Hitler ya logró invadir Checoslovaquia, Polonia, Noruega y Dinamarca. En ese instante se disponía a invadir el resto de Europa. Ese es el juego del oponente, en este caso el mío. ¿Me sigue?

—Sí —respondí seguro.

—Ya —dijo él con creciente seguridad—. Ahora veamos su lado del tablero. Los debates de la cámara del Parlamento inglés gritan al líder conservador Neville Chamberlain que renuncie: “¡Dimite, hombre, dimite!”, gritan unos parlamentarios. “¡Fuera, fuera!”, le gritan otros. En Gran Bretaña, el Parlamento había perdido fe en su líder y buscaban un reemplazo. Imagine entonces, que es como si en el ajedrez alguien pidiera un relevo del jugador, pero sin poder reiniciar la partida. Llega usted, ¿y qué hace? Su rey está bloqueado igual que la reina. Los alfiles (el Parlamento) obstaculizan que un caballo (parte del ejército) avance. El otro ya fue asesinado por un caballo oponente. El enemigo tiene los dos intactos. Sus propios alfiles conspiran contra su propia estrategia y con usted mismo. El un alfil es el derrocado (Chamberlain) y el otro, Lord Halifax. Usted

confía en sus refuerzos (las dos torres) la una es el presidente Roosevelt de Estados Unidos y la otra es el ejército francés. El general Weygand<sup>3</sup> (es símbolo de un gran hombre diría yo). Churchill, cuando llegó a París el 22 de mayo de 1940, según dicen, se sintió aliviado de ver una nueva energía que irradiaba aquel hombre. Claro, era extraño, Weygan tenía sesenta y tres años. Sin embargo, la partida sigue. Usted ha perdido la una torre por un descuido estratégico que el mismo juego le obligó a cometer. Yo sigo intacto, por ende, más fuerte que su lado. Sus piezas más importantes son inútiles: caballo, torre, alfiles, rey y reina. ¿Qué hace?

Lo pensé. Era un hombre ingenioso, en realidad lo era.

—Rendirme, supongo...

—¿Hacer tregua, usted y yo?

—Sí.

—¡Pero hombre, si yo no le he dicho que pienso poner de condiciones!

—Da igual. ¿No? De todas formas, me ha acorralado, mire el juego.

—No. Hay algo que usted puede hacer todavía.

Miré contrariado el tablero. Para mí, lo más obvio era tomar al rey y tirarlo sobre el tablero, pero... Agarré a un peón que estaba a una fila de distancia de llegar del lado de Zinat. No había obstáculo cerca. Las piezas del hombre estaban colocadas de tal forma que yo pude avanzar. El caballo, que era el único obstáculo tuvo que ser retirado para no ser comido por un alfil de mi oponente. Tomé le peón y pedí corona. El rey de mi oponente estaba en una clara línea recta. El mate fue inminente. André Zinat sonrió complacido.

—¿Ahora lo ve usted? Ha visto un error en mi juego, y fui derrotado por un peón. ¡Un “insignificante” peón! ¿Le recuerda usted a algo?

Moví ligeramente la cabeza en negativa.

—¿No se acuerda lo ocurrido, hace pocos años, en Dunkerque? ¿En cómo simples civiles en yates comerciales ayudaron a escapar a cientos de miles de soldados atrapados en ese infernal puerto francés? Poco después, los americanos entraron a la guerra por el Japón, algo poco improbable hasta ese tiempo. Roosevelt evadió la guerra a toda costa, pero no tuvo más que jugar al mismo ajedrez que usted y yo, es decir el de Hitler y Churchill algo que igual involucró a los rusos cuando los nazis querían hacerse con Stalingrado. Desde luego que a su modo. Así se dio el glorioso Día D que libertó a Francia

---

<sup>3</sup> Maxime Weygand (1867-1965) fue un general francés del Ejército de origen desconocido, se sospecha fue hijo de la emperatriz Carlota de México y del barón Alfred van der Smiseen. En 1940 fue llamado por el primer ministro Paul Reynaud para que reemplazara a Maurice Gamelin y se pusiera al frente de la milicia durante la Segunda Guerra Mundial. (*N. del A.*)

y a Europa Occidental. Luego el Día del Elba, el 25 de abril de 1945 se pone fin a una parte importante del conflicto con la rendición nazi, pero la Segunda Guerra Mundial termina formalmente el 2 de septiembre de ese año tras la rendición de los japoneses. Es algo parecido lo que usted ha hecho. Pero usted logró ser mejor, no esperó a mi rendición... sino que me ha derrotado con una simple jugada.

Me alejé de la silla un poco. Luego exhalé un suspiro y le mostré la “V” de victoria. Él se sonrió nuevamente.

—¿Ha atrapado, o ha ayudado a atrapar, a un criminal alguna vez? —me preguntó.

—No —le respondí mientras me acomodaba en una alcoba que había preparado para mí con antelación. Era como si siempre hubiese esperado mi llegada. Resultó que Zinat era bastante servicial, aquello me pareció bastante agradable.

—El ejercicio que acabamos de hacer hace un par de horas le será muy útil, créame.

—¿El jugar ajedrez?

—En efecto.

Yo no dudaba de él. Me parecía un hombre confiable. Sin embargo, todavía había algo en él que no me inspiraba mucha confianza.

### 3

A la mañana siguiente el sol me golpeó en la cara. Lo que me obligó a despertarme de mala gana. Me desperecé. Luego miré el reloj, eran las 7:30. Me descubijé. El olor del desayuno era bastante provocativo. El pan recién tostado, las naranjas exprimidas con bastante apremio para sacarles el jugo (y el aroma). La leche recién calentada... todo era un deleite, lo que obligó a mi nariz a fabricar los sabores a través del olor, para que mi boca los saboreara. Me vestí y abrí la puerta. El olfato me condujo escaleras arriba, al estudio de Zinat. Empujé la puerta de la estancia con cuidado y allí lo vi. De pie, mirando por la ventana del segundo piso. El desayuno estaba servido sobre una bandeja de plata. Él se pasó la mano por el pelo. Se volteó.

—Vaya, hasta que se dignó en despertar, Futes. Sírvese usted.

—¿Este es mi desayuno?

—Así es. Yo ya he comido.

Sacó un puro del bolsillo de su chaqueta y lo puso en la boca. Luego con un cerrillo la encendió y fumó con bastante paciencia. Había libros por todos lados, unos

acomodados en pulidos escaparates, otros yacían regados por el piso o en unas butacas que estaban colocadas una frente a la otra. Una pila de siete libros estaba cerca de la chimenea apagada. Una mesa cuadrada estaba en medio del lugar. Me senté en una de las cuatro sillas y comí con lentitud. Metía el tenedor en mi boca a un mismo ritmo. En un plato de porcelana había huevos revueltos con jamón. El jugo estaba delicioso, ni muy dulce ni muy ácido. Me limpié la boca con una delicada servilleta puesta a un lado de la bandeja. Después, al ver a Zinat todavía de espaldas a mí y mirando por la ventana, me atreví a preguntar:

—¿Cómo supo usted, desde el principio, que yo venía desde Londres?

Zinat se sonrió.

—En México ve a pocos hombres con un traje del corte John Ballard. Lo conoce, muy seguramente.

—¡Vaya, ningún detalle se le escapa!

—Es un sastre bastante costoso. Es de la calle Knightsbridge, si mal no recuerdo. Allí, según dicen, los reyes se hacen sus ropas muy exclusivas. Además, como le he dicho su ego de “inglés” se lo huele a muchas cuerdas, que mal que sus malas costumbres le hayan pegado amigo mío. —Esto lo dijo sin molestia alguna, pero su firmeza en lo que decía era sorprendente, luego prosiguió—: Es bastante formal en vestir, además su acento es curioso y peculiar. La “r” final casi no la articula, lo peculiar es que no finge. Además, dentro del bolsillo se ve una cajetilla de cigarrillos Craven “A” que es un poco más grande y le sobresale.

—Conoce bastante de Londres, Zinat. Me sorprende.

Él solo se limitó a reír. El hecho de que supiera deducir sobre mi vida personal me inquietaba, pero me admiraba al mismo tiempo.

A los pocos minutos se escucharon unos pasos en el jardín. La puerta se abrió y entró un hombre delgado, de bigote diminuto y de un porte bastante extraño. Tenía aires de grandeza, pero al mismo tiempo no podía hablar sin titubear. Usaba un traje algo pequeño para el cuerpo. Era muy fachoso. Luego se acercó a Zinat.

—Oh, extrañaba que no viniera a verme.

—Sí, juré no hacerlo. Pero esto es una emergencia.

—Siempre es una emergencia con usted, inspector Hugo Vallarta.

—Ha ocurrido un crimen, y necesitamos de su ayuda. No hemos hallado indicio alguno del asesino.

—Eso no me sorprende... ¿Quién es la víctima?

—Natasha Rodríguez.

—Lo he leído en la prensa. Me preguntaba cuando aparecería, inspector. —Zinat hizo una pausa. Se lamió los labios y luego se volteó hacia mí—. He de necesitar toda la ayuda que pueda darme, Futes.

Asentí.

—¿Es usted Gregorio Futes? —expresó Villarta.

—En efecto.

—Disculpe no haberlo visto, procurador.

—Pierda cuidado —respondí seriamente.

—Pobre muchacha —apuntó Zinat—. Era tan joven, no tenía por qué morir así. Asesinada... a sangre fría.

—Entonces, ¿nos vamos?

—Su impaciencia me resulta poco pertinente, inspector. Pero sí, ya nos vamos. Espero eso algún día logre corregirlo. Posee los mismos defectos desde que decidí abandonar el cargo de inspector en la Policía Federal. Si usted es mi reemplazo, pues es una verdadera vergüenza.

Antes de salir, sonó el teléfono. Zinat contestó, hasta donde pude oír era la voz de un hombre y lucía muy angustiado. Me hizo señas a que lo espere. Así lo hice. Colgó. Zinat salió primero, el inspector detrás y yo al final. Cerré la puerta tras de mí. Zinat dejó que el inspector caminara dos pasos delante de él. Se paró y luego se volteó para tomarme el hombro. Acercó sus labios a mi oreja y me susurró con bastante discreción:

—Es mejor que mantenga su revólver en el bolsillo. Asegúrese que esté cargado y no lo pierda un segundo de vista.

#### 4

Llegamos a los arrabales, era un sitio bastante decadente, de casas muy precarias y de edificios que aparentaban estar vacíos. Era un sitio llamado Bellavista. La gente caminaba muy aprisa, podía ver su miedo en los ojos. Pasaban a empujones. Zinat caminaba con un paso muy firme, sin dejar de mirar al frente. Parecía muy sumido en sus pensamientos. Pasamos delante de la estación del mismo nombre. Zinat golpeaba el piso con su bastón mientras se manoseaba la cara. Miraba de un lado al otro. Pasamos por delante de la antigua locomotora. De soslayo me veía y me inducía a que caminara más

rápido. Desconocía porque decidió ir buena parte del trayecto caminado tras haber tomado un taxi. Me pareció un tipo extraño y a veces hasta me lo creía un poco bobo. Caminaba de una forma singular, casi como si fuera cojo. Vi, en el dedo índice de su mano derecha, un anillo de plata con una gema roja. Quise estudiarlo sin que Zinat se percatara, pero como es lógico, eso no ocurrió.

—Me gusta mucho su interés por mi persona, *mon ami*. Seguramente el muro de silencio que usted ha formado entre nosotros desde hace unas horas, es quizá porque esté pensando en mi proceder, en mi actitud, en mi vestimenta o quizá en la situación.

Estaba enojado, pero no quería que Zinat lo notara del todo.

Él no dijo nada. Se quedó de pie, fumando su puro con absoluta calma. Apareció una sonrisa que se dibujó ligeramente en su semblante.

—No sé si eso es un alago o un... como decirlo: *descalificativo*.

—Tómelo como quiera, Zinat. No me interesa en lo absoluto. Pero le diré que me fastidia que hayamos tomado un taxi para ir una parte del camino andando. ¡Es algo totalmente ineficiente... —quise pronunciar la palabra *estúpido*, pero me contuve, miré a mi acompañante para ver su expresión, pero era sorprendentemente frívola— y algo ilógica!

—*Illogique* —repitió Zinat. Se quedó parado, pegó muy fuerte el bastón en el piso y luego levantó la cabeza y sin mirarme, lanzó una carcajada al cielo—. Oh, es usted muy divertido, Futes. Eso es extraño en alguien de sus características. Busca que le dé explicación para todo, eso es quizá porque es incapaz de deducirlo por su cuenta. Pero le diré que caminando oxigena más su sangre. Éste líquido rojizo que circula por todo su cuerpo, ayuda a que esté con vida. Además, las partículas de oxígeno que circulan por nuestro torrente sanguíneo lo hacen mejor cuando usted respira al aire libre. Caminar es importante no sólo por esto, sino porque relaja los músculos de su cuerpo, incluyendo el cerebro. Esto permite que sus neuronas se activen y que sus sentidos se agudicen. En otras palabras, le ayuda a *pensar*.

Una vez más dejé que el silencio marque mis ideas. Quedé como un estúpido. Zinat torció por la avenida hacia la izquierda y yo lo seguí. El camino todavía tenía el empedrado de tiempos muy antiguos. Delante, a pocos metros, vimos un coche patrulla. Un grupo de gendarmes hacían un semicírculo a la entrada de una propiedad. Se bajó Vallarta escoltado por un par de policías más. Entró el pelotón. Zinat y yo lo hicimos después. Sacó del bolsillo de su chaqueta otro puro. Lo encendió raspando un cerrillo en la suela del zapato. Se lo metió a la boca y fumó. Entró. Me quedé un rato parado. Por



impulso llevé la mano a mi bolsillo para sentir el arma. En mi otro bolsillo tenía la cartera con unos doscientos pesos en billetes de cincuenta. Un niño chocó contra mí. Otro corría delante. El que se dio con mis piernas se disculpó sacándose la gorra por un momento y luego siguió su camino. Al percatarme, Zinat ya había desaparecido. Entré con premura a la planta baja del edificio. Allí un policía me condujo al piso siguiente. Zinat subía las escaleras con una mano dentro de la chaqueta y con la otra sostenía el bastón con firmeza. Lo llamé y le dije que me esperara. Él así lo hizo. Le di el encuentro. El conserje, un hombre de edad, encorvado, que sostenía una escoba casi tan acabada como él, se sacó la destartada gorrita en señal de saludo. Tanto Zinat como yo inclinamos la cabeza en respuesta. El apartamento era el 213. Empujó la puerta y allí, ante nosotros apareció un lugar revuelto. Las cosas yacían tiradas en el piso. Una lámpara de porcelana estaba hecha añicos en la esquina de la sala. Un sofá verde tenía el respaldo cortado, otras dos butacas parecían estar sin daño alguno. Zinat dio pasos firmes. Miró la cocina. Luego entró a un cuarto. La puerta yacía entreabierta. Zinat la empujó y casi a sus pies estaba el cadáver tirado de Natasha Rodríguez.

—*Sacrebleu!* —exclamó mi amigo, excitadísimo.

La joven tenía un orificio de bala en medio de la frente. Un cuchillo con la hoja ensangrentada se dejaba ver cerca de su mano. Tenía la cabeza a un lado, la mejilla reposaba sobre el piso. Yo podía deducir que la víctima no superaba los veinte y cinco años. Tenía la piel algo lechosa, portaba una vestimenta bastante común, un vestido verde, medias de nailon casi blancas, calzaba zapatillas negras (aunque una de ellas ya no estaba en su pie). En las muñecas tenía sendos moretones, dejaban marcas de dedos. El cuerpo yacía tirado al pie de la ventana, la cual estaba abierta dejando entrar el viento con cierta violencia. La cama estaba aún arreglada. Miré un par de mesitas de noche. Era todo cuanto podía ver de manera fugaz. La habitación estaba repleta de moscas que zumbaban.

—¿Qué piensa, Zinat?

Él miró el cuerpo. Se agachó. Paseó los ojos por todo en la atmósfera. Le levantó el cuello del vestido a la víctima. Se puso de pie. Luego se centró en Vallarta.

—¿Quién ha efectuado la denuncia, inspector?

—Pues fue un inquilino del edificio.

—Hmmm... *bien*. Entonces tráigame a cada uno de ellos. Debe interrogarlos de inmediato. Que su asistente escriba los nombres de cada una de las personas que se encontraron aquí desde ayer en la noche. Supongo que los dejó en el lobby tal y como le dispuse antes de que saliéramos de mi casa. ¿No es verdad?

—Así es, Zinat. Lo estaban esperando hasta que llegue. Mis agentes se encargaron de efectuar su pedido.

—Eso está bien. Necesito un sitio tranquilo para poder interrogar a cada uno de los sospechosos. Según sé hay un médico entre los inquilinos, empezaremos con él. Futes, ayúdeme a instalarme afuera de este cuarto. Esta pobre mujer necesita descansar en paz. No vaya a tocar nada —Zinat se disponía a salir, pero se detuvo. Giró sobre su propio eje—. Inspector, traiga al médico de inmediato.

Vallarta desapareció. Zinat, sin embargo, dijo que nos quedáramos en ese cuarto un poco más.

—Esto es extraño, *mon ami*. No creo que sea tan fácil dar con el culpable.

—¿Cómo puede asegurarlo? —inquirí intrigado.

—Tengo una corazonada, pero ésta debe ser confirmada. Hay siete elementos en este cuarto que por ahora me parecen importantes. Estamos ante un verdadero escorpión.

—¿Escorpión, Zinat?

—La clase de asesino meticoloso y letal.

Luego se agachó y sacó un minúsculo objeto de debajo de la cama. Era un pelo, una cana. Alguien cruzó la puerta. El médico era un hombre joven, de talla mediana, no muy fornido. De tez bronceada, quizá con un par de años más que Natasha. Tenía una voz firme. Entró al cuarto con calma y nos miró extrañado.

—Es un placer poder conocerlo, monsieur Zinat. He leído muchos casos suyos en la prensa. Creí que no vendría, que usted solo se ocupaba de temas importantes. No pensé que fuera a acudir hasta un sitio como éste.

—Es usted muy amable, doctor. Espero siga con ese ímpetu cuando le pregunte ciertos aspectos que solo usted, quizá, pueda aclarar. Además, lo que tomo en mis manos o no, no es asunto suyo. Lo digo con respeto, desde luego.

—¡Seguro! —respondió el médico, no tenía señal alguna de sentirse ofendido de algún modo—. Es usted toda una leyenda, en este país y en el mundo.

—No busco la fama, doctor. Sólo hago mi trabajo por el simple deseo de justicia. Ambos se miraron.

—¿Cómo se llama?

—Roberto Vega, señor.

—*Bien*, doctor Vega. ¿Podría decirme la hora de deceso de la joven?

Roberto se arrodilló. Miró con cierto interés el cuerpo. Luego se paró y le dijo a Zinat:

—Está así desde anoche: la ventana, cuando entré, estaba abierta. Supongo que no es fácil saberlo, el frío puede ser traicionero. Sin embargo, deduzco que murió entre las once de la noche y la una de la mañana.

El agente ya movía el bolígrafo sobre su libreta.

—Hmmm... ¿Era usted muy cercano a esta persona, doctor Vega?

—No. Para nada. Pero, de lo que tengo entendido, ella no vivía aquí.

—¿Se refiere a qué este apartamento no le pertenece a ella?

—Es lo que digo.

—Es importante conocer más detalles de esto, doctor Vega. ¿Sabe quién vive aquí?

—No puedo precisarlo con seguridad. Por mi trabajo, a veces tengo turnos nocturnos, otros son matutinos.

—Es usted muy amable. Puede retirarse, pero le sugiero que se quede en casa hasta que esto se arregle. ¿Puede usted faltar un poco de tiempo a su trabajo?

—No se preocupe por ello. Me han dado dos días libres por este asunto.

—Bien.

El doctor Vega se retiró. El policía que se quedó en el pasillo le abrió la puerta del apartamento para que salga. Zinat se quedó un rato pensativo. Miró por la ventana. Luego salimos del cuarto. Se sentó sobre una butaca sola y tiró las cenizas del puro sobre un cenicero de cristal que reposaba no lejos de su mano sobre una mesa de madera. Al poco tiempo subió una mujer de mediana edad. Según sabíamos por lo que nos contó el inspector, ella era viuda. Crio a su hijo sin un padre. Ella trabajaba todo el día para mantener a su hijo, pero una hermana de ésta iba a su apartamento para cuidar al niño. Su nombre era Alicia Gómez.

—Oh, madame Gómez. Gracias por acudir de prisa a mi llamado. Siéntese por favor.

Ella se sentó. Zinat tomó una silla y se sentó frente a ella. Yo quise hacerlo también, pero él me lo negó.

—Dígame, ¿desde hace cuánto que usted vive aquí?

—Algo como más de un mes.

—¿Por qué vino a este edificio?

—Resulta que yo era muy amiga de la víctima. Verá usted, yo soy enfermera. Antes vivía no muy lejos de aquí. Pero un día, Natasha llamó por teléfono a mi casa. Aquella vez lucía un poco... asustada. Casi no pude entender lo que me decía por el

auricular. Así que fui a verla en una calle concurrida no muy lejos de aquí. Me condujo hacia este edificio. Estaba llorando en las gradas. Al acercarme vi que tenía unas cortadas en los brazos, unos moretones en el cuello y un ojo morado. Lloraba amares. Quise consolarla. Pero ella sólo me repetía “tengo miedo”, “tengo miedo de él”. Yo no sabía en un comienzo de quien se trataba... de hecho hasta ahora no lo sé. Pero algo en mí presentía que iba a morir. Por un segundo yo... —Lloró—... Creí que mentía. Pero no fue así. Ahora... me siento culpable... —Puso las manos sobre la cara y lloró aún más. Zinat se acercó, la abrazó y sacó el pañuelo que llevaba dentro del pequeño bolsillo del pecho de la chaqueta. Ella lo tomó y se secó las lágrimas. Se lo devolvió, pero Zinat hizo un ademán con la mano indicando que ella se lo quedara—. Sólo prométame, señor Zinat que hará lo posible para encontrar a ese maldito.

Asintió.

—¿Sabe de quién es este apartamento?

Movió la cabeza en señal de negativa.

—¿Posee alguna relación de amistad con alguno de los que viven en este edificio?

Negó nuevamente con la cabeza. Zinat se puso de pie y caminó. Fue hasta un mueble. Abrió un cajón. Yo quise acercarme, pero esta acción también me la negó.

—Futes, hombre. Es de mala educación dejar a una dama desconsolada desatendida. ¡Vaya a su lado!

Sacó del cajón un pisapapeles de un peso considerable.

—¿Puede usted levantar esto, madame Gómez?

Ella no pudo hacerlo.

—Ha sido muy amable. Puede retirarse.

Zinat dejó el objeto sobre el mueble. Luego se arrimó y puso lo que quedaba de su puro sobre el cenicero. Se quitó el sombrero. Pude ver su bien peinada cabellera. La línea, hecha con peine, le dividía la cabellera a la mitad, esta vez dos considerables mechones le caían a ambos lados de la frente. Los cabellos plateados le brillaban con una intensidad casi lunar. Los negros, le contrastaban de maravilla. Puso sus manos a la espalda sin dejar de sostener el sombrero. Suspiró. Se sentó de nuevo en la silla. Miró el sofá vacío.

—¿Qué hay en esa mesa, Zinat? Ha visto algo usted muy peculiar. Luce asustado.

—Futes, lo que hay aquí puede ser la clave para resolver todo este enigma. Sin embargo, hay algo que todavía no puedo precisar hasta haber interrogado a todos los sospechosos.

—Creo que usted es bastante peculiar.

Él se sonrió y me pasó la mano por el hombro.

—Lo mismo me decía su padre, Futes.

Me acerqué a él sobresaltado.

—¿Usted... lo conoció?

Nuevamente sonrió, pero esta vez dejó escapar una risilla.

—Futes, debe ser muy precavido con las personas que conoce. Ellas pueden saber más de usted que usted mismo...

—Fue amigo de mi padre. Por esa razón me abre las puertas de su casa. Es usted un ex detective. Parece más cuerdo de lo que dicen los rumores.

Zinat me miró, casi sin inmutarse. Sólo esbozó una ligera sonrisa que ensanchó sus labios. Luego el pesimismo se apoderó de él.

—Hacía tiempo sufrí una traición de un camarada. Fui retirado de mi cargo porque recibí una bala en la pierna que me destrozó los ligamentos y me obligó a usar bastón para siempre. Eso me despechó bastante. Viajé a la *Rive gauche* que fue donde nací. Después de haberme perdido, regresé a México y allí conocí a su padre, Futes. Fue por causalidad. En el aeropuerto se nos cruzaron las maletas. Él llegaba de un viaje, entonces se percató de mi acento y luego de una conversación ligera, él me dijo que también regresaba de París. Nos estrechamos la mano. Tras algunos años de estar aquí, supe que sería procurador. Entonces le pedí que me ayudara y logró hacer que me reincorporara a la Policía Federal de esta ciudad. Yo, complacido, lo ayudé cuanto pude. Hasta que... —No completó el relato y enmudeció.

—...lo hallaron muerto, con una puñalada en el corazón —dije con tono sombrío.

—Sí, en su despacho. Yo fui encargado del caso. Descubrí, al final, que todo fue con intenciones políticas. Lo mató el secretario del alcalde, esto, después de que su padre se negó a ser sobornado para dejar sus investigaciones por actos de corrupción de personajes muy influyentes en la alcaldía. Muchos implicados tenían vinculaciones de tipo penal. Por eso estoy junto a usted, mi querido amigo. En honor a su padre estoy aquí. Perdona si lo involucro en mi vida. Solo desearía que no corriera riesgos. Salí de la fuerza policial y no quise que mi nombre apareciera en los diarios. Sólo tenía la firma...

—A.Z.: André Zinat —apunté sin más. Yo, esta vez, fue el que sonrió. —Descuide, Zinat. Ahora que sé esto puedo decir que la prensa lo ha juzgado mal. Que esta sociedad lo ha juzgado mal.

El detective no me respondió hasta después de unos segundos, cuando dijo:

—Ahora veamos que pasa aquí. Deseo saber la verdad, supongo que usted también.

—¡Desde luego!

Buscó otro puro dentro de su chaqueta. Me dijo que pida al agente que llamara al señor Lucas White.

Oímos que las escaleras crujían. Nadie se asomaba por el umbral de la puerta. Parecía como si estuviera subiendo más de una persona. Zinat se quedó cerca de la ventana. Se cruzó de brazos. Luego, al no encontrar el puro, dentro del bolsillo de su chaqueta, me pidió que le diera uno de mis cigarrillos. Metí la mano dentro de mi pantalón y saqué la caja de mis Senior Service e hice que tome uno.

—¡Vaya, bastante inglés! —dijo. Se lo llevó uno a la boca y luego lo encendió. Me miró y sonrió. La luz del sol le dio, esta vez, en la espalda. Por el piso se proyectó una larga sombra que se fusionaba casi totalmente con la que producían los travesaños de la ventana. Cruzó la pierna por delante la otra. Y vi, en ese instante, un extraño brillo que le fulguraba en los ojos. Bajó el cigarrillo y luego lo dejó sobre el cenicero. Caminó. Esta vez tenía las manos dentro de sus bolsillos. Quien subía las escaleras parecía ya estar muy próximo para entrar. Asomó, entonces, un hombre con tez pálida, casi verdosa. Parecía un vampiro. Tenía los ojos muy hundidos en las cuencas, el iris de un verde muy apagado. El pelo castaño le caía a ambos lados de la cara, era bastante lacio, tenía bigotillo partido y barba poco prominente. Usaba un bastón, era muy cojo. Vestía un traje marrón algo pasado de moda, usaba todavía una camisa estilo cuello de pajarilla y la corbata angosta le caía por debajo de un nudo que parecía simular más al de un ahorcado que el de una prenda, calzaba unos mocasines grisáceos. A su lado venía una mujer. Ella, al igual que su marido, parecía una calavera. Traía la cabeza gacha. El largo cabello le tapaba el rostro. Tenía un vestido descolorido, igual de anticuado que la ropa de su esposo. Parecían una típica pareja del siglo XIX, aquellos de la época de Poe.

El hombre ordenó a su mujer sentarse sobre un sofá y ella, en respuesta, solo dejó escapar un quejido. A él le tomó tiempo sentarse a su lado. Zinat lo hizo frente a ambos. Yo quise hacerlo también, pero una vez más, el detective, me lo negó con un ademán de su mano. Indicó al agente que anotara sus nombres. El gendarme obedeció. Movié la mano con aspereza y pude escuchar el sonido del bolígrafo rasgando las amarillentas hojas de su libreta. Antes siquiera de que hable, Lucas White lo interrumpió.

—Siento haberlo hecho esperar, pero como verá he venido con mi mujer. Ella está muy mal de salud y para colmo está ciega. He debido traerla hasta aquí solo. La gente

que reside en este lugar, si me lo pregunta, no es de las mejores. —Su voz era muy áspera, como la de un enfermo. Sonaba con un eco que salía de su propia garganta, lo que la hacía aún más siniestra.

Zinat suspiró.

—¿Qué estuvo haciendo usted cuando ocurrió el disparo?

—Estuve ya dormido. Estoy con un dolor terrible de la pierna. Tengo una lesión de la rodilla y como puede ver uso un bastón.

—Es evidente —dijo Zinat. Tomó el cigarrillo y lo puso en sus labios. Luego lo miró con firmeza—. ¿Sabe de quién es este apartamento?

—Desde luego. Es de un joven llamado Alejandro Nasti.

—¿Lo conoce usted?

—Casi desde que se mudó aquí. Es abogado, pero la falta de empleo lo llevó a ser un poco... como decirlo, *explosivo*.

—Explíquese.

—Él tiene cambios bruscos de comportamiento. Verá usted, Nasti, hacía no mucho tenía una buena reputación. Sin embargo, una desgracia con las apuestas al póquer le hizo perder todo. Desde entonces no se ha repuesto y el alcohol es su única y eterna compañía. ¿Comprende?

—Desde luego. Ahora, monsieur, ¿sabe si el señor Nasti está en algún tipo de terapia o de tratamiento para su problema?

—Lo veo salir muy temprano por la mañana. Pero cada vez que me lo encuentro en cualquier parte del edificio, nunca luce muy bien. A decir verdad, hasta me da algo de *miedo*.

—¿*Peur, monsieur?*

—Sí.

Zinat se rascó la barbilla.

—¿Ha sido violento con usted, señor White?

—Sí. A veces me grita o insulta a mi mujer... o se mofa.

—¿Le responde ante tal falta de comportamiento?

—No.

—¿Sabe si ha tenido problemas con los vecinos u otras personas del edificio tales como con mademoiselle del lobby del edificio?

—No, señor.

—¿Qué opinión tiene usted de la víctima, madame Natasha?

—Era una muchacha muy despierta, inteligente. No causaba problemas. Sin embargo, corría un rumor de que alguien quería lastimarla. Ella, sé que tenía problemas emocionales muy complicados. Nunca me atreví a preguntarle nada. De hecho yo, rara vez me intereso en los demás. Me importa un bledo lo que hagan con sus vidas. A veces esta sociedad me parece muy repugnante. Cuando coincidíamos me miraba como un bicho raro.

—¿Puedo hacerle una pregunta personal, monsieur?

—Desde luego.

—Su acento es muy extraño, ¿es usted inglés, americano, anglosajón?

—Sí, señor. Soy irlandés.

—¿Su esposa?

—También.

—*Go raibh maith agaibh*, señores White. Pueden retirarse. Si necesito algo más los haré saber.

Él se inclinó en forma de reverencia y luego ayudó a su mujer a reincorporarse. Salieron muy despacio y desaparecieron poco a poco escaleras abajo.

—¿Qué opina de todo esto, Zinat?

—Sigo teniendo mis teorías. Este caos sigue siendo muy peculiar.

Terminó de fumar y aplastó la punta del cigarrillo en el cenicero con su índice y el pulgar. Se quedó sentado un rato. Juntó los dedos de sus manos delante de la nariz, parecía como si estuviera pensando en algo. Me miró. Yo no hice nada. Me senté delante de él.

—Creo que he encontrado el arma homicida —dijo seriamente.

Mi atención se clavó con mucho interés en mi amigo.

—¡Es fantástico! Eso quiere decir que es un gran avance.

—Detesto quitarle su entusiasmo... me temo que no es ningún *gran* avance. Es un adelanto en el caso, sí. Pero esta pista resulta muy ambigua, todavía.

—Pero bastaría con analizar las huellas dactilares del arma para saber quién la utilizó.

—Ese no es problema. Creo saber quién la utilizó. Pero eso no probaría nada. Ya que pueden ser *dos* las posibles personas que la empuñaron para dar muerte a la joven.

—¿Dónde está el arma, Zinat?

—En este apartamento, por supuesto.

—¿Podría saber dónde específicamente?



—De momento no.

Me sentí incómodo. Miré mis pies por unos instantes, luego volví a mirar a Zinat. Él estaba muy pensativo. Consulté mi reloj de pulsera. Estábamos ya cuatro horas en ese lugar. Tenía cansancio y hambre.

Al poco tiempo, entró a prisa Vallarta.

—Señor André Zinat. Nos han dicho algunos vecinos que Alejandro Nasti no ha aparecido en el edificio desde ayer.

Nos pusimos de pie casi de un brinco.

—¿Quiere decir que está desaparecido?

—Al parecer sabía que vendríamos.

—No creo que pueda ir muy lejos. Creo que Futes y yo almorzaremos cerca de aquí. Inspector Vallarta despliegue a sus agentes pero que parezca que nadie está por la zona. Deje a uno que haga guardia sin que llame la atención. De no dar señales, Nasti, de su regreso, creo saber dónde buscar.

—Vale —respondió Vallarta.

—*Bien.*

Salimos del edificio y entramos a un restaurante próximo. Zinat se pidió un filete, con patatas y arroz. A su lado tenía un vaso de agua. Yo solicité un bistec de res, con ensalada de lechuga y coles. Además de arroz y un puré de patatas. A mi lado tenía un vaso de cerveza. Comimos. Pero Zinat no parecía dejar de pensar. Creí que podría hacerle un poco de conversación para reanimarlo. El sitio tenía poca concurrencia. El sol del mediodía entraba por una de las ventanas y cobijaba con su luz gran parte del restaurante. Zinat cortaba con mucha tranquilidad y metía perezosamente el tenedor en su boca.

—¿Cree usted que Nasti aparezca?

—Allí es dónde vive, ¿no?

—Sí. Pero usted ha dicho que, de no volver, sabría dónde buscar.

—Así lo hice.

—¿Y sabe en qué sitio hacerlo?

—No. Ni la más remota idea —dijo con fastidio.

Su pasividad me hacía enojar un poco. Luego fue él quien me miró.

—¿Recuerda que le hablé de mi regreso a París? Cuando visitaba la *Rive gauche* pude acordarme de mi pasado. Mi padre muy diestro para los negocios y mi madre, una actriz mexicana muy hermosa que salió en búsqueda de horizontes nuevos. *Rive gauche* es la margen izquierda del Sena. Fui al distrito V para ser exacto. Ese fue el sitio donde

nací. Todo me recordaba a mi familia... De cierto modo me complació retornar a Francia. Tengo un poco de aquí y allá. Si cree usted que digo la verdad me parece lo mejor. Si cree que es una mentira... no me importa en lo absoluto. Sea como fuere, odio que hablen de mi vida y me gusta inventarla o cambiarla.

—¿Conoció gente importante allí, Zinat...? Quiero decir, a su regreso.

—Desde luego. Aquel personaje le resultará familiar. Es un hombre barbón, de un temperamento extraño. Nació en Oak Park. Un genio. Escribe demasiado bien. Es un escritor inigualable. Conocedor del mundo: Francia, África, España, Cuba... Un norteamericano muy controversial. Le aseguro que, en unos diez años, como mucho, debería ser ganador del Nobel de Literatura.

Pensé un segundo.

—¡Por Dios, Zinat, si se refiere usted a Ernest Hemingway!

—*En effet*. Tuve la posibilidad de conversar con míster Hemingway algunas ocasiones. Al igual que con sus grandes amigos: William Faulkner, Ezra Pound y Francis Scott Fitzgerald (que tristemente murió hace unos siete años).

—Vaya, es fascinante —le dije, mientras me secaba los labios con una servilleta.

—Bien. Ahora que hemos terminado, es hora de regresar.

—Coincido. Vamos.

Al salir, la calle lucía con poca gente. Zinat caminaba con aire de seguridad. Su bastón golpeaba el piso con fuerza. Luego se paró en seco. Miró hacia el cielo. Se sonrió. Reanudó su marcha. Entramos al edificio. Zinat se paró delante de la puerta del apartamento.

—Esto es muy extraño —dijo.

—¿Qué ocurre, Zinat? —pregunté

—¡Saque su pistola! ¡Creo que hay alguien adentro! ¡Entremos, a prisa!

Abrimos la puerta. Alguien corrió de una habitación a otra.

—¡Dispárele, Futes! No lo mate... sólo trate de inmovilizarlo.

La bala dio en la esquina de la pared. Intenté otro tiro. Solo vi una silueta, una persona vestida con ropas negras. Saltó por la ventana. Los cristales se rompieron. Cayó sobre una pila de bolsas de basura. Luego corrió hacia el norte. Desapareció por una estrecha callejuela. Yo intenté dispararle un par de veces más. Pero Zinat me detuvo.

Al poco tiempo entraron un grupo de agentes armados. Nos volteamos. Vallarta nos preguntó por lo ocurrido. “Vimos a alguien dentro de este lugar”, dijo Zinat muy

molesto y como siempre, cada que tenía oportunidad, recalcó la ineficiencia del inspector. Vallarta no pudo excusarse por la falta.

—Sin embargo, Zinat. Como usted predijo, Nasti ha regresado. Está abajo en el lobby.

—Denme un segundo —dijo Zinat. Todos salieron.

Me acerqué con cautela a mi amigo.

—¿Cómo supo que había alguien adentro?

—Por el techo del pasillo se proyectó un ligero haz de luz. La puerta estaba entre abierta. Cuando veníamos caminando vi alguien dentro.

—¿Qué interés tenía el sospechoso que entró...?

—Eso es lo que trato de... ¡*Sacre!* ¿Cómo pude ser tan descuidado? ¡He cometido el error de un novato!

Corrió e irrumpió en la sala donde había interrogado a los inquilinos. Abrió el cajón de la mesa donde estaba el cenicero.

—No, no...

—¿Qué ocurre, Zinat? —le pregunté asustado.

—El revólver que estaba dentro de este cajón... ¡ha desaparecido!

## 5

—¿Qué opina ahora de todo esto? —le pregunté.

—Todavía nada que pueda ser concreto. Sin embargo, existe algo que me llama la atención. Casi todas estas personas son un vulgar puñado de mentirosos.

—¿Perdone usted?

—Así es, Futes. Mire, en primer lugar, al doctor Vega. Quien, nos mintió en cuanto a su trabajo. No posee turnos nocturnos. La semana pasada acudí al consultorio donde trabaja para ver si podía recetarme unos somníferos. Lo cierto es que tras tocar la puerta, no tuve respuesta. Eran las siete y cuarto de la noche. Hice la misma acción la noche siguiente y otras tres posteriores. No lo encontré. Entonces deduje que no trabajaba horas nocturnas. Lo del paramédico es verdad. Su nombre, hasta donde pude comprobar es, en efecto, Erick, tal como él nos dijo. Es un joven que labora para la Cruz Roja. Lo sé porque lo he visto pasar un par de veces con Vega en el día.

—¿Para qué Vega mentiría, Zinat?

—Por una coartada, amigo mío. En cuanto a la señora Gómez, omitió sobre su hijo. De vez en cuando escucho llantos de bebé. Pero no fue sino hasta que salimos del edificio cuando me percaté que provenían de su apartamento.

—Oh, tiene razón. Yo también lo escuché. También noté una voz masculina.

Zinat me miró con su par de ojos felinos. Se interesó mucho en lo que dije.

—¡Y hasta ahora me lo dice, Futes!

—Bueno, quería decírselo pero... me parecía un detalle pequeño. Algo insignificante.

—*Au contraire*, amigo mío. Aquello puede significar un cambio radical al asunto. Cada detalle es de vital importancia.

Se sentó de nuevo.

—¿Hay algo más que me esté ocultando, Futes?

Aquello me ofendió. Así que lo negué.

—Entonces, prosiguiendo con mi deducción, el señor White no es irlandés.

—¿Cómo puede asegurarlo?

—Porque le he agradecido en su idioma original y no supo contestarme.

Me quedé pensativo.

—¿Y el asunto del revólver, impide la resolución del asunto?

—No. Pero sí que lo complica. Tengo un indicio de quien pudo haberlo tomado. Antes de confirmar esta nueva sospecha, es necesario que hable con el dueño de este apartamento. Llame al agente y dígame que deje subir a monsieur Alejandro Nasti.

## 6

Nasti llegó con una actitud muy tranquila y confiada. Zinat se mantuvo en su misma posición. Sus ojos aceitunados se mantuvieron fijos en el umbral de la puerta. Sacó de su bolsillo una cerilla y me pidió otro cigarrillo. Puso particular atención en las ínfulas de aquel caballero, que aparecieron de pronto. Nasti le sonrió desafiante y luego fue hacia el sillón que Zinat le indicó. El detective se sentó al frente como las pasadas veces. Puso sobre la mesa el cenicero y miró a Nasti en medio de las nubes de humo que dejaba escapar cada vez que fumaba. Se hizo un incómodo silencio. Nasti posó sus ojos miel sobre nosotros. Aquella mirada sí parecía la de un asesino. Llevaba un pantalón cualquiera, nada fuera de lo común, una franelilla y unos zapatos de trabajo. Sus brazos

desnudos mostraban sus músculos muy bien tonificados. Tenía barbilla partida y una barba pulcramente afeitada en forma de candado. El pelo lo traía peinado hacia atrás.

Nasti movía las manos con impaciencia, noté que llevaba un extraño anillo en su dedo anular. Se lo giraba. Con actitud de blofear. Zinat parecía que no caería en su juego. La primera pregunta que le hizo me impresionó por ser tan directa:

—¿Se considera usted un asesino, señor Nasti? —inquirió Zinat.

Él nos miró.

—¿Cree usted que fui yo el que maté a Natasha? —dijo con su voz que parecía emitir un eco lejano.

—Sí.

—Se equivoca.

—¿Cuál es su defensa o su argumentación para sustentar tal afirmación?

—Hmmm...

Aquel hombre miró a la mesita sobre la que Zinat había arrimado el codo.

—Sí es lo que creo que busca... le diré que no está ahí.

—¿Se refiere al revólver? —preguntó Nasti con ligero asombro, mejor dicho, terror.

—Sí. Cuando regresé no lo encontré aquí. Me dijeron que cuando usted llegó al edificio, nadie se percató de que lo haya hecho. Así que por su contextura física no hubiera sido difícil que pudiera penetrar en esta habitación trepando por los ladrillos que salen de la fachada del lado izquierdo que convenientemente llegan a este apartamento. Al suyo. Tiene suerte, señor Nasti.

—¡Yo no he hecho tal cosa! Tiene usted mucha fantasía.

—Cuando se llena la mente con novelas policíacas pues aprende varias cosas.

—Pero esto no es un libro. Es la vida real —objetó Nasti.

Zinat solo se limitó a asentir la cabeza con fastidio.

—Póngase usted en mi lugar. Llega a un sitio en el que hay un cadáver tirado sobre la alfombra, tiene un agujero fatal de bala que le destrozó la frente. En un sitio específico ve una pistola. El dueño del apartamento regresa después de ciertas horas y nadie se percata del retorno. Luego, el detective halla a un sospechoso en su domicilio (el mismo que logra escapar). Entonces el principal sospechoso dice que nada sabe. ¿No le parece que hay varias “coincidencias” en el asunto?

—Sí, las hay —dijo Nasti con enojo—. Todo este asunto es una conspiración.

—¿Espera que le crea...?

—¡Me importa un bledo si lo hace o no! ¡Yo no maté a mi novia!

—*Bien*. Al menos ha admitido su vínculo pasional con la víctima. Muchos asesinos no suelen hacerlo con frecuencia.

—¿Ah sí? Pues no sabría decirle ese detalle, porque no soy un asesino...

—Entonces ¿qué pretendía hacer con el arma que hallé aquí mismo? —le interrumpió Zinat. Nasti se pasó la mano por los enmarañados cabellos. Luego nos miró de nuevo. Después se fijó en el gendarme que estaba escribiendo. Éste después sacó una licorera plateada y bebió sin que Zinat se percatara. Guardó el objeto en la cazadora de su uniforme.

—Quería... quería... —De pronto la fortaleza de aquel muchacho se esfumó en un torrencial llanto. Las lágrimas le cayeron por las mejillas y luego se frotó los ojos con las manos—. Quería usarla conmigo mismo. Estaba sumido en el alcohol, ¿comprende? Nunca hallé una solución para mi problema. Traté de preguntarle al doctor Vega si podría conocer alguien que podría ayudarme. Entonces me dijo que había una psiquiatra que trabajaba en el mismo sitio que él... y ella era Natasha, efectivamente.

Zinat lo miró con sus ojos felinos.

—Siga. No se detenga.

—Sabía que no tendría opción. Tuve una anterior pareja que huyó de mí por ese problema pero... —Hizo una pausa—... me volví a enamorar. Natasha fue mi vínculo emocional, hasta que una noche discutimos. Ella venía a verme con frecuencia pero un día yo me enteré de una terrible verdad... ¡Ella *era* casada!

El gendarme que escribía, dejó de hacerlo, tosió un poco. De pronto la expresión de Nasti cambió, tenía miedo.

—¿Con quién? ¿Quién era su marido, señor Nasti?

—Pues...

El gendarme volvió a toser, esta vez más fuerte.

Zinat se le acercó irritado.

—Deja de beber, Gabriel. Por el amor de Dios. Estás enfermo.

Él se disculpó y volvió a poner su bolígrafo sobre la hoja.

—Vino a este apartamento, luego lo hizo la señora Gómez, White y Vega. En ese orden. Me agarraron y me dijeron que me separe de ella. Repetía que iba a matarla, le dije cosas horribles, le insulté y la abofeteé. Luego sentí un fuerte golpe en la nuca y caí. Al levantarme la vi a ella, tirada, con un tiro en la frente. Entonces salí a toda prisa, y me

oculté donde mi madre. Pero sabía que tarde o temprano la policía me buscaría y que debía afrontar la realidad y... eso fue lo que hice.

—¿Alguno de los asistentes fue el que le golpeó?

—No sabría decirle con precisión, pero... creo que no habría otra posibilidad.

Zinat estiró un papel que le entregó a Nasti.

—¿Esta es la letra de madmoiselle Natasha?

Nasti lo leyó, luego lo negó.

—*Bien!* Ahora dígame el vínculo de White con la víctima...

—Es un viejo loco. Se lo aseguro, a veces cree cosas. Entre ellas cree ¡que su mujer *sigue* con vida! Ve fantasmas.

—¡Pero si nosotros mismo la vimos! —le dije.

Él se sonrió.

—No pierda su tiempo, detective. Lo están engañando.

—¡Una vez más, le repito que no le creo! —chilló Zinat.

Con la habilidad de un vaquero, Nasti sacó un revólver y apuntó al pecho de Zinat. Yo traté de sacar mi pistola, pero Zinat me lo impidió.

—¡Déjelo, Futes!

Después, ante mi sorpresa, Nasti disparó.

Antes de decir algo, Vallarta entró.

Vallarta (que había subido a prisa al oír el disparo), golpeó de sorpresa al hombre, quien tiró el arma. Se acercó a Nasti con unas esposas. Después miró triunfante a Zinat antes de pronunciar lo siguiente:

—Tiene derecho a un abogado para ser representado en la corte. Está detenido según las leyes de los Estados Unidos Mexicanos por intento de homicidio a un exrepresentante de la ley y por el asesinato de la joven Natasha Rodríguez.

En casa, Zinat no dejaba de dar vueltas. Yo me acerqué a la chimenea y puse un par de gruesos troncos dentro. Los rocié con un combustible rojizo y eché un cerrillo encendido. Las anaranjadas brasas asomaron con rapidez delante de mí. Los maderos crujieron bajo el fuego cuya luz también se reflejó en los ojos y en el rostro de Zinat. Esta vez fumaba una pipa mientras se mantenía cruzado de brazos. No decía nada y miraba al fuego distraído. Me alejé y me senté a su lado en otra butaca. Puse los dos dedos índices

delante de mis labios y suspiré. Luego me fijé en una pila de libros que descansaba bajo la ventana. El estante que estaba a nuestras espaldas rebosaba de novelas y de códigos legales cuidadosamente encuadernados de la misma forma. A un lado de mi butaca también estaban un grupo de novelas de voluminosa encuadernación. Tomé la primera: *Oliver Twist* de Dickens. Zinat me miró de soslayo. Luego se centró en sus pensamientos. Mis ojos pasaron distraídamente entre las primeras páginas:

*Entre los edificios públicos de que se siente orgullosa una ciudad, cuyo nombre creo prudente callar por varias razones, hay uno antiguamente común a la mayor parte de las ciudades, grandes o pequeñas: el hospicio. En el hospicio nació, cierto día cuya fecha no me tomaré la molestia de consignar, sencillamente porque ninguna importancia tiene para el lector, el feliz o desdichado mortal cuyo nombre encabeza este primer capítulo de la verídica historia que vamos a narrar. Largo tiempo después de haber penetrado en este mundo de miserias y de lágrimas gracias a los cuidados del cirujano de la parroquia, dio lugar a dudas muy fundadas la cuestión de si el niño viviese lo bastante para poder llevar un nombre cualquiera. Si la importantísima cuestión se hubiera resuelto en sentido negativo, es más que probable que estas memorias no hubiese visto nunca la luz pública, y aun suponiendo que yo las hubiese escrito, no habrían abarcado más de dos páginas, y hubieran poseído el mérito inestimable de ser el ejemplar más fiel y conciso de biografía de que envanecerse pueda la literatura de todas las épocas y de todos los países. Aunque no me atreveré a sostener que el hecho de haber nacido en un hospicio es en sí el favor más grande y envidiable que la Fortuna pueda dispensar a una criatura humana, declararé, sin embargo, que en el caso presente fue lo mejor que al pobre Oliver pudo ocurrir. Es el caso que costó ímprobos trabajos conseguir que Oliver se resolviera a llenar sus funciones respiratorias, función penosa, que la costumbre ha hecho necesaria para vivir con reposo. El pobre niño permaneció durante algún tiempo dando boqueadas sobre un colchón fementido, en equilibrio inestable en este mundo y el otro, más inclinado al otro que a éste. Bien seguro es que, si en aquellos momentos críticos hubieran rodeado a Oliver cariñosas abuelas, anhelantes tías, nodrizas expertas y médicos afamados, el niño hubiese muerto a sus manos indubitable e infaliblemente en menos tiempo del que tardo en referirlo; pero como allí no había más que una pobre vieja, casi siempre borracha por efecto del abuso de la cerveza, y un cirujano que prestaba sus servicios al establecimiento por un tanto alzado, entre el niño y la naturaleza pudieron salir airoso del lance. El resultado fue que, después de algunos*



*esfuerzos, Oliver respiró, estornudó y anunció a los habitantes del hospicio que desde aquel instante iba a pesar una carga nueva sobre la parroquia con un grito tan agudo como racionalmente podía esperarse de un recién nacido que solamente desde tres minutos antes está en posesión de la facultad de emitir sonidos.*

*No bien Oliver dio esta primera prueba de la fuerza y libertad de sus pulmones, se agitó ligeramente la remendada colcha que en picos desiguales prendía por los lados de la cama de hierro; una joven, cuyo rostro cubrían livideces de muerte, alzó penosamente la cabeza sobre la almohada, y murmuró con voz apenas inteligible estas palabras:*

*—¡Dejen que vea al niño y moriré contenta!*

Sí, era seguro: *Oliver Twist* trataba de un libro compuesto solo por villanos. Aquella idea de la “villanía” me clavó la mente como un puñal. Zinat miró que leía. Entonces levantó el cuello y posó su mano en mi hombro.

—Admiro su gusto esquicito por los buenos libros *mon ami*. Pero creo que no es momento para...

—¿Qué opina usted de la maldad, Zinat? —le pregunté sin levantar la mirada del manuscrito, mientras iba pasando las hojas entre mis dedos.

—Pues, que extraña pregunta. Pero supongo que para mí la maldad es sólo un punto de vista. Es una condición humana. Es decir, vivimos en un mundo binario dónde necesitamos los polos para conocer o dar a entender nuestro proceder: hay ángeles y demonios, hay ladrones y justos, hay honestos y mentirosos, hay lindos y feos, hay religiosos y ateos, existe la ciencia y el mito, ricos y pobres... Platón dijo que el Bien es lo que da el equilibrio al alma. Se logra a través de las virtudes, las cosas justas y todo lo demás es justo y valioso, que sin aquello nada nos sería de valor, como si no tuviéramos nada dentro del Bien. Por el contrario, creyó que la ignorancia es la causa del Mal, además de la estupidez.

—¿Cree usted entonces que ambos somos virtuosos (justos) aliados del Bien porque igual somos educados y cultos, mientras que Nasti es un ignorante, un *monstruo* un “otro”... en otras palabras: un asesino?

Zinat me miró y se sonrió.

—No lo sé, *mon ami*, no lo sé...

En mi mente se me posó la imagen de Oliver, que por ser pobre y huérfano se dedicó a robar para sobrevivir. ¿Era malo? Sus amigos eran malos, eran ladrones, sí...

¿pero llegaríamos al punto de llamarlos criminales, a pesar de la lealtad que se tenían entre sí y de que Fagin lo protegía de los “males del mundo” o del niño Dodger que le salvaguardaba del villano Sykes? ¿Quién es entonces en verdad “malo” en un mundo lleno de malvados? La muerte es algo que desde luego Zinat no lo tomaba a la ligera, como tampoco lo hicieron sus predecesores.

Quería trasladar esta serie de interrogantes a mi amigo pero al verlo sumido en sus pensamientos no quería perturbarlo, sin embargo al final lo hice pero no hallé respuesta alguna. El silencio me traía muy incómodo y temeroso. Solo podía oír las brasas arder y el continuo tic tac del reloj posado sobre la chimenea. Algo en mí decía que Nasti no era culpable, pero la otra parte sí.

## 8

HO-MI-CI-DIO era la palabra que me marcó la mente en toda la noche. Me veía a mí mismo como encerrado en una habitación llena de claroscuros. Escuchaba risas en un rincón lejano. El piso era de madera que crujía con cada paso que daba. Las cortinas se ondeaban con la luz que se colaba por las ventanas. Veía mi propia sombra alargada reflejarse en el piso. Oía llantos, risas demenciales. Huellas de sangre yacían en el piso, en los sofás, en una vieja lona amarillenta que cubría un amorfo objeto. Tragué saliva. De pronto, todo se oscureció. Una luz parpadeante se filtraba por la única puerta que estaba delante de mí. La empujé y entré.

El escenario cambió bruscamente. Vi, en ese cuarto de fulgor azulado, una mesa de operaciones. Un cadáver yacía cubierto con una sábana. Tenía la piel pálida y medio verdosa. Levanté mi mano para espantar un par de moscas que me zumbaron al oído. Cerca, una mesa de acero inoxidable tenía varios instrumentos de operación, llenos de sangre. Me desplacé con cuidado. Oía como el pulso me golpeaba las sienes. Estudié los escarpelos, las pinzas, un frasco lleno de algodón cubierto de lo que parecía ser sangre seca, y un espejo redondo como de dentista. Pero algo, por sobre todo, me llamó la atención. Allí había un extraño objeto negruzco con una curiosa forma de C. Cuando lo puse en la palma de mi mano para estudiarlo mejor, me sobresalté: ¡era la cola mutilada de un escorpión! Al tiempo que me acerqué a la mesa de operaciones, sentí que alguien me jaló de la manga de la chaqueta.

Me volteé y descubrí el rostro inexpresivo de un niño. Tendría unos diez años como mucho. Llevaba el cabello en forma de melena. Usaba un traje negro que parecía

ser de marinero, tenía pantaloncillos cortos y usaba unas medias que le llegaban unos centímetros más abajo de la rodilla. Los pies los traía cubiertos con un par de mocasines oscuros. Sus ojos no tenían brillo alguno y su rostro no tenía expresión alguna.

Lo estudié por un momento más. Entonces me volví a centrar en el cadáver puesto sobre la mesa. Cuando puse mi mano sobre la lona, el niño me volvió a jalar de la manga y me dijo:

—Ella es mi madre.

Tras esperar un segundo, Me volteé hacia él.

—¿Cómo estás tan seguro? —le respondí.

—No puede hacer nada, más que buscar la verdad. Le suplico que venga la muerte de mi madre... ¡y la mía!

La voz de aquel niño, pareció volverse más lejana que la primera vez, era casi un eco que salía desde los lugares más remotos de aquel lugar cargado de muerte y dolor. Yo solo me limité a asentir con la cabeza.

—Se lo diré también a André Zinat —le dije sin saber porque había pronunciado el nombre de mi amigo—. ¿Eres un fantasma? —concluí al fin.

—Dentro de poco —respondió.

Lo vi alejarse, sin dejar de mirarme, hacia una profunda sombra que también empezó a consumir todo el lugar en una espesura negra. Era una nube producida por el miedo que sentía en ese instante. Entonces, de repente, al niño le asomó un orificio sangrante en la frente, pegó un chillido escalofriante y de esa misma forma fugaz con la que apareció a mi lado, se esfumó.

## 9

—Futes, despierte. ¡Por amor a Dios, despierte! —me gritó Zinat mientras levantaba los brazos con desesperación. Su imagen se me fue haciendo más clara poco a poco.

—¿Qué ocurre? —le pregunté, todavía asustado.

—¡Eso dígame usted! Creo que tenía una pesadilla. Sea como sea, repóngase. ¡Tome, lea esto!

Tomé fuerzas para despabilarme. Mis ojos pasaron por el diario que Zinat dejó sobre la cama. Cuando empecé a leer el titular, sentí un desvanecimiento. Allí mismo, con grandes letras, un título rezaba:

“MONSTRUOSO CRIMEN EN LA CALLE EL SALTO: NIÑO ES HALLADO CON UN DISPARO EN LA FRENTE”.

La policía todavía trata de confirmar la identidad del infante de aproximadamente diez años. No hay indicios del asesino. Nadie ha identificado el cadáver en la morgue. Las autoridades presumen que era abandonado.

*Hugo Vallarta, inspector de la Policía Federal* sospecha que el niño se hallaba solo al momento en el que fue asesinado, presumen que su hora de deceso fue pasada la una de la madrugada. “No conocemos todavía detalles de su identidad. Sin embargo, seguiremos con las investigaciones para que este caso no quede en la impunidad. Estamos trabajando contrarreloj para hallar al culpable. De momento solicito a los ciudadanos guardar la calma. Nosotros estamos haciendo patrullajes continuamente para dar mayor seguridad a los habitantes de la calle El Salto y de las que la rodean”.

Líneas más abajo me centré en la imagen que estaba junto a la noticia. Sentí un escalofrío. ¡Era el mismo niño que vi en sueños! Miré a Zinat y él se extrañó con mi expresión.

—¿Ocurre algo, Futes?

—No..., Zinat. Nada...

—Está pálido como un fantasma.

—Es todo este asunto... Soñé con este niño... Antes de que pudiera leer esta terrible noticia —le dije—. Esto es todo un caos.

—Usted lo ha dicho. Pero las piezas se van uniendo. ¡Venga, debemos interrogar una vez más al doctor Vega y a madame Gómez! Creo que todavía no nos han dicho todo.

—¿Qué hay sobre mi sueño, Zinat? —pregunté. Esperaba que mi amigo no me dijera nada, de cierto modo sentía que aquello no podría causarle la menor relevancia. Sin embargo, me había equivocado.

—Hmmm... no lo sé, *mon ami*. Creo que... ¿ha oído usted sobre la llamada Fuente de la Sabiduría?

—Esa pregunta es de lo más inverosímil. ¿No le parece?

Zinat se llevó la pipa a la boca.

—Lo sería de no ser porque usted mismo es quien me la ha formulado. Ahora responda mi pregunta.

—¿Sobre la “Fuente de la Sabiduría”?

—En efecto.

—Pues creo que es un disparate, un mito nada más.

Zinat se volteó con brusquedad.

—Está usted siempre tan equivocado, lo peor es que busca que yo le dé una respuesta sensata a algo que ni usted mismo cree. Dígame, ¿es consciente de que existe el caos?

—¡Desde luego! —respondí confiado.

Zinat me miró fijamente. Se rascó la barbilla y el bigote antes de iniciar con su cátedra que, debo admitir, me dejó de lo más impresionado en cuanto al nivel de profundidad al cuál llegan sus ideas.

—*Bien!*, desde ese punto hemos dado un gran paso. Este crimen, por ejemplo, es un caos total. ¿Sabe por qué? Porque es una transgresión a la naturaleza. Ningún ser humano tiene derecho a quitarle la vida a otro, por más mínima que sea su justificación. Es un ser moralmente fragmentado. Esos retazos de individuo son exactamente lo que genera el caos. La Naturaleza (así con mayúscula) es una condición poderosa que incluso puede unirse a una energía que va más allá de nosotros mismos, puede incluso ser una deidad si usted cree en ello. El punto es que, cuando ese equilibrio natural se rompe, cuando el Ciclo de la Vida se colapsa de manera abrupta, entre un eslabón y otro, se genera un vacío, una negrura antinatural que absorbe el alma de un individuo y lo succiona hasta un abismo que lo conduce al extremo de quitar la vida a un semejante. Esto, para mi forma de ver, raya en la locura y la enfermedad. Lo contrario de lo que le pasó a usted, ¿me sigue?

Menee la cabeza asintiendo.

—Excelente. En su caso, de seguro sintió vibraciones dentro de usted, como si las neuronas de su cerebro se hubieran unido de manera muy repentina que le hicieron tener dichas visiones. Ahora, si usted busca concentrarse logrará verse a sí mismo en un río azulado. Se verá envuelto en una oscuridad absorbente (el caos) al tiempo que bajo sus pies está una tranquilidad en aquellas aguas que le llegan hasta más arriba de sus tobillos. Esa es, precisamente, amigo mío, la Fuente de la Sabiduría. Su principal objetivo es la de esclarecer el desorden que está a su alrededor. Este es su caso particular, Futes. Lo que usted soñó es de vital importancia para este caso. Pocos logran bañarse en dichos manantiales de sabiduría. Es a lo que muchos llaman “deducción”, desde mi perspectiva es lo que denomino *genialidad o conocimiento*. Por ello creo que es algo más: es un orden natural como se lo he dicho antes. La Naturaleza busca por sí misma reestablecer su camino y por ende es necesario dar con el culpable, es el conocimiento que nos ha otorgado el entorno. Si venimos del mono, fuimos hacía tiempo un ser salvaje, pero a

veces a pesar de creernos “rationales” nos volvemos nuevamente salvajes y primitivos. Sus visiones no deben ser reprimidas. Esta vez le sucedió en la noche, pero no se espante si tiene alucinaciones por lo que le ruego que me lo vaya contando en el camino. Es muy probable que, con su aporte, y con los que busco obtener, resolveremos este enigma. Venga, acompáñeme que el vehículo de la policía pronto vendrá por nosotros.

—Con respecto a lo del periódico, creo que no podremos mantener alejados a los periodistas por mucho tiempo de esto, Zinat.

—Eso es justo lo que temo. Se nos adelantaron en este caso del niño. Los periodistas son como sanguijuelas. Apenas encuentran algo que les puede ser útil desangran a la situación hasta dejarla en nada. Dudo de la capacidad de Vallarta para mantener este caso todavía entre las sombras.

Entrada la tarde, Zinat se vistió un poco más elegante que de costumbre y salió. Me pidió que no le esperase y que regresaría bastante entrada la noche. Me pareció su comportamiento un poco extraño. Pero después me dediqué a tratar de conciliar el sueño. No tuve éxito. Luego regresó, tal como lo había dicho. Era más de la media noche.

—¿A dónde ha ido? —le dije con un poco de sorna.

—He ido a ver una obra. Se llama *La dama del Oeste*. ¡Me pareció fantástica!

—¿Y ahora qué, Zinat? Pierde el tiempo y con esto oportunidades valiosas. ¿Cree que *La dama del Oeste* va a interrogar a los inquilinos y espera que alguno de ellos confiese su culpabilidad?

La sonrisa de Zinat me extrañó lo bastante como para sentir fastidio. Pero su pregunta me dejó, una vez más, atónito y sentí como un escalofrío me recorría el cuerpo.

—¿Qué le hace pensar, Futes, que en el asesinato está implicado *solo* uno de ellos?

La calle lucía poco transitada. Tal y como Zinat me lo dijo, le conté todo lo que soñé con lujo de detalles. Él no dijo nada. Cuando el coche se detuvo delante de la fachada del edificio donde ocurrió el crimen, Zinat se apeó con rapidez. Apoyó su bastón muy firmemente en el piso y entró presuroso. Nuevamente el amable conserje nos saludó con el mismo ademán sacándose la gorra. Zinat cruzó el lobby con la velocidad de una flecha. Subió las escaleras. Le dije a Zinat que me esperara. Lo seguí mientras subíamos. Los escalones se me hicieron interminables y bastante siniestros. Unas pequeñas lámparas iluminaban muy poco nuestra subida. De pronto, Zinat, se detuvo delante de una puerta.

Flexionó el dedo índice y tocó. Una voz femenina no tardó en llegar desde dentro. La chica abrió. Era Alicia Gómez.

Ella se impresionó un poco al vernos, pero su gesto se relajó después de unos cortos instantes.

—¿Puedo pasar? —preguntó Zinat con cierta brusquedad.

Alicia asintió.

Descorrió el pestillo de la puerta y se escuchó la cadena al caer.

—Pasen —dijo ella—. ¿Desean algo, caballeros?

Su apartamento no era nada diferente en el que se cometió el asesinato. Salvo porque Alicia tenía un pésimo gusto por la decoración. A mi espalda había un cuadro con un grupo de caballos galopando. Sobre la mesa de madera que estaba dentro de la sala, había otra figura de caballos al galope. También lucían varias cabezas de ese animal por casi todo el sitio en donde lograba fijar mis ojos. Zinat dejó su bastón a un lado. Tiró el sombrero. Miró a Alicia muy seriamente.

—Dígame, ¿usted sabe equitación?

—Sí.

—¿Lo practica?

—Algo así.

—¿Usaba guantes?

—Sí. Pero los perdí.

—¿Serán estos?

Zinat se extendió y entregó a Alicia un par de guantes negros. Ella los tomó.

—¿Los reconoce, madame?

—No... los míos son cafés.

—Puede tener razón. Supongo que usted no usó estos dos porque le quedan muy grandes. Pero son de equitación, de eso no hay duda. Lo que creo yo es que usted entregó estos guantes al asesino antes de efectuar el disparo. Los hallé en un cajón, donde, evidentemente estaba el arma. La cual, por desgracia, ha desaparecido. Pero tengo una leve impresión de dónde está. Futes, *s'il vous plait*, abra el cajón de esa mesita.

Zinat me señaló un mueble que estaba frente a nosotros. Lo abrí tal y como me dijo.

—¡Por Dios Santo, Zinat! ¡Aquí está el arma!

—Ahora lo veo casi todo. ¡Inspector, arreste a esta mujer como cómplice del asesinato de mademoiselle Natasha Rodríguez!

Vallarta asomó y tomó a la señora Gómez y la esposó. La bajó al lobby.

Subimos a prisa al siguiente piso y encontramos al doctor Vega en su apartamento.

—¿Puedo pasar, doctor?

—Desde luego, *monsieur*, Zinat.

—*Merci*. Doctor, ¿podría explicarme que es esto? —Zinat le entregó a Vega una jeringa. Dentro había un líquido muy sospechoso.

—*Ne pas entrer dans ce qui ne vous concerne pas!* —aulló de rabia Vega.

—Detesto contradecirle, doctor Vega. Pero esto es de vital importancia. Envié esta muestra a los forenses, hallaron algo que me temía. Esta sustancia contiene una gran cantidad de iones de potasio así como algunas toxinas peptídicas. En resumen... preveneno de escorpión. Este compuesto químico no es tóxico, pero sí puede neutralizar las neuronas, por ende, causa parálisis. La picadura de escorpión duele mucho no solo por el aguijonazo, sino por estas toxinas, que junto con los iones de potasio, provocan una despolarización masiva y local de las neuronas que las mantiene activas mucho después del aguijonazo por lo que eso explica por qué la picadura duele durante un tiempo. En resumen, según sé, se oyeron varios gritos, quizá del dolor al cual la muchacha fue expuesta tras ser administrada esta sustancia. Usted no nos ha dicho todo, doctor... ¿Cómo lo sé? Eso lo diré posteriormente. ¡Inspector, arreste a este hombre como cómplice del asesinato de mademoiselle Natasha Rodríguez!

Oímos unos pasos que provenían escaleras arriba, luego escuchamos un portazo. Nuevamente subimos. Encontramos una puerta abierta. Zinat entró primero. En esta ocasión nos topamos con White. Estaba vistiendo a su mujer. Nos miró extrañado.

—¿Quién les ha permitido entrar en mi casa? —dijo con un acento extraño.

—Deje de fingir su acento, señor White.

—¿Pero qué...?

La anciana, movió la cabeza.

—¡Inspector, arreste a estos dos como cómplices del asesinato de mademoiselle Natasha Rodríguez!

Zinat se metió la mano en el bolsillo y sacó un cigarrillo. Luego se sonrió como siempre.

—¡Con un demonio, Zinat! ¿Qué es lo que estamos haciendo? —rugió Vallarta impaciente.

Habíamos subido de nuevo a la escena del crimen.



—Esperemos a que llegue la verdadera mente maestra. ¿La puerta está asegurada como lo solicité? —preguntó Zinat sin dejar de esbozar su sonrisa. Luego metió la mano en el bolsillo de su larga gabardina gris.

—Sí —respondió Vallarta—. Lo está. Pero aún no sé por qué....

—Tenga paciencia. Envíe a estas personas abajo y que sus hombres no sean vistos. Yo me quedaré aquí aguardando al culpable junto con Futes y usted.

Los policías se pusieron en posición. Sacó cada gendarme su revólver y lo apuntó a la puerta de entrada. La misma acción hicimos Vallarta y yo. Zinat se quedó parado en medio de los dos. Se rascó el bigote con impaciencia. Luego se pasó la mano por la barba. Se mantuvo de pie, firme, victorioso. El bastón lo mantenía firme en una perfecta línea perpendicular que sostenía desde sus manos cruzadas sobre el mango del instrumento y que permanecía sin moverse sobre el suelo. Al poco rato, se escucharon unos pasos. Alguien subía por las escaleras. Luego, estos pasos retrocedieron. Ante esto Zinat no pareció inmutarse, pero sentía cierta tensión en él. Sabía que alguien podía estropear sus planes a último momento.

Ante nuestros ojos, como si se tratase de un fantasma, la cerradura de la puerta principal giró como por arte de magia. Entonces, ante la mirada estupefacta lo vimos. ¡Pero si era...! Sin que pudiera siquiera hilar mis pensamientos dentro de mi mente, de manera ordenada, Zinat gritó victoriosamente:

—¡He aquí, ante nuestros propios ojos, al asesino propiamente dicho! ¡El hombre de la licorera, el agente de policía Gabriel García...!

## 11

La culminación de este asunto no fue menos trepidante que todo el caso en sí. García yacía esposado y bajó las gradas en medio de dos enormes policías.

—¡Suéltense, yo no incité el asesinato de Natasha! ¡Comenten un error, la pagarán si no me sueltan!

Yo estaba a un lado de Zinat. Los demás sospechosos yacían igualmente esposados. Zinat me miró, luego a cada uno de los asistentes. Todos estaban sentados a un lado del otro. Solo Nasti estaba ausente (por los periódicos supimos que era buscado por este caso). Para sorpresa de todos, éste llegó poco después. Vallarta se adelantó para ponerle también un par de esposas, pero Zinat lo detuvo.

—Por más difícil que sea de creer, monsieur Alejandro Nasti es el único inocente.

—¿Disculpe usted...? —dijo Vallarta absorto—. Pero si es por él que todo esto ha sucedido, Zinat.

—Déjeme que me explique, inspector. Lo mismo sucederá para todos los presentes. He de anunciar la razón por la que el agente García es el asesino intelectual, la mente y el culpable de todo esto. La causa criminal no es solo un crimen pasional. Puede que en apariencia eso es lo que se evidencie... Sin embargo, hay algo mucho más que eso. La verdadera motivación: el dinero.

—¿Nos tendió una trampa, Zinat! Es usted tan escurridizo como un zorro —dije.

—Y tan sagaz como un cuervo, *mon ami*. Lo que ocurre es que prefiero guardarme mis deducciones para el final. Es importante mantener la cabeza fría en todo el asunto antes de que éste se resuelva. No podemos esperar que una sola pista nos conduzca al hombre que buscamos. Aquí se ha violentado la vida de una joven mujer. Lo importante por ende es descubrir lo que le llevó a una mente criminal tan afilada para cometer el crimen, que dicho sea de paso se conecta con otro.

—¿No se referirá usted al asesinato del niño, Zinat? —dije con todo el asombro que no pude contener.

—*Précisément, ami*. Aquella criatura resultó ser un eslabón *très important* para solucionar este acertijo. Él era nada más y nada menos que el hijo de madame Natasha. Eso implicaría, aparentemente, que el agente García es su padre.

—¿Aseverar que fue su padre no es ir muy lejos, Zinat? —preguntó Vallarta.

Ante esto, Zinat volvió a reír.

—Precisamente por no ir muy lejos, inspector, es la razón por la que usted no ve más allá de sus narices. En otras palabras, los criminales se le escapan por su ojo tuerto. Pero mi motivación en este momento no es causarlo disgustos, pero sí hacerle notar que la situación posee un desenlace muy diferente al que usted (y todos) esperaba.

Zinat golpeó el suelo con el bastón.

El detective se quedó de pie. Sacó del bolsillo interior de su chaqueta otro cigarrillo. Tomó también un cerillo del otro bolsillo y lo encendió raspándole la cabeza roja entre las uñas de su dedo índice y la del pulgar. Después de encenderlo, expulsó el humo por entre sus labios y su nariz.

—Es hora de que me explique —dijo Zinat muy calmadamente y sacó el cigarrillo de sus labios—. Después de todo esta es la mejor parte. Así que he de ser lo más monosilábico posible pero, a la vez, claro. Empecemos por el vínculo que me une a mí y cada una de las personas involucradas en este caso. Madame Alicia Gómez. Quizá no se

acuerde mucho de este servidor, pero usted y yo fuimos vecinos anteriormente. No vivíamos muy lejos de aquí, en una calle llamada Hidalgo. Poseía un pequeño apartamento en el mismo edificio que yo, usted vivía con su madre. Todavía estudiaba para enfermera. Pero las adversidades la hicieron casi abandonar sus estudios. Su madre murió a causa de una profunda neumonía. Recuerdo que se reprochaba a sí misma porque había dejado la ventana abierta una noche y por ello creyó que su madre había contriado la enfermedad. Pero, después, según recuerdo, llegó un médico... el doctor Vega. ¿Me equivoco? —Ambos negaron con la cabeza. Zinat dio un paso al frente. Se metió de nuevo el cigarrillo en la boca y los miró—. ¿Qué le dijo entonces a usted, madame Gómez?

—Me dijo que por su edad, ella ya había tenido problemas respiratorios hacía tiempo. Pero mi hermana jamás me dijo eso. Simplemente me encargó que la cuidara y yo... accedí. —Se puso las manos en la cara. Las lágrimas le empezaron a correr por las mejillas.

—¿Algo más? —preguntó Zinat muy seco.

—Pues... ella falleció poco tiempo después.

—¿Quién fue la persona que le ayudó con los gastos?

—Natasha —respondió.

—¿Usted fue al velorio de la madre de madame Gómez, no es así doctor Vega?

—Sí. Así fue.

—¿Me puede decir quien fue su acompañante?

—¿Zinat no le parece eso muy imprudente: me refiero a preguntar eso en este momento? —dije un poco nervioso y molesto.

—*Au contraire, mon ami*. Es de lo más relevante —dijo en un casi imperceptible susurro—. Contésteme, doctor.

—¡Me acompañó Natasha! —dijo rabioso.

—*Voilà!* ¡Es claro ahora! Su vínculo con Natasha quería que fuera sentimental. ¿No es así? ¡Quería ganar la confianza de ella!

—Así fue. Pero ahora...

—Monsieur White (que en realidad no es irlandés, sino inglés, su acento lo delata y su nulo conocimiento en el idioma), ¿qué vínculo tiene usted con la víctima? —preguntó Zinat metiéndose el cigarrillo de nuevo a la boca.

—Ninguno.

—¿Está seguro?

Los ojos de Zinat adoptaron nuevamente esa apariencia felina. Luego, se sacó el objeto de los labios y miró a White.

—En efecto —apuntó enojado White.

—¿Podría entonces explicar cómo este objeto llegó hasta la escena del crimen?

Zinat extendió un papel. Allí había una clara caligrafía. El señor White tomó mucho su tiempo en desdoblar la hoja. Tras leerla, Zinat se la arrebató y luego se la entregó a Vallarta.

—Esa es la letra de monsieur White. Lo que usted tiene en sus manos, inspector, es una carta, mejor dicho, una petición. Supe que esta es su caligrafía en cuanto fuimos a casa de White y yo miré un crucigrama a medio llenar en un periódico colocado en la mesa de su sala. Entonces supe, en ese momento, que el homicidio de Natasha, hasta el momento, implicaba a dos personas por lo mínimo.

—¿De qué habla, Zinat? —preguntó Vallarta.

—Es curioso. Yo debía hacerle esa misma pregunta a usted. Quizá le estoy quitando protagonismo, inspector. Prosiga usted.

—¿Yo?... Pues bueno. Creo que es imposible implicar a White. Mire nomás como está su mujer. Él no puede ni despegarse de ella.

Zinat me miró. White quiso hacer alguna acción a pesar de estar esposado, pero yo saqué mi revólver y aquel tipo me miró con rabia. Zinat se abalanzó sobre la anciana ante el asombro de todos. Vallarta quiso detenerlo pero era tarde. Zinat tiró una peluca, un par de aretes, un falso collar de perlas y un vestido fácil de romper. Entonces la sorpresa: ¡era un joven! Lucía un poco menor a Vega. Tendría unos veinte y cuatro años. Era de pelo castaño, de tez algo morena y era delgado. Usaba anteojos. Sus delgados dedos todavía sostenían un lápiz labial. Todos nos quedamos mirando la escena como si fuéramos un escuadrón de estatuas, aquello nos pareció ilógico e irreal.

—Les presento a Erick White. Pieza clave para resolver el asunto.

—¡Con un demonio! ¿Quiere explicarse de una vez, Zinat? —graznó Vallarta lleno de desconcierto y de asombro.

—Eso es lo que intento, inspector. Verá usted. La esposa de monsieur White es ya fallecida. Una noche que fui a una función en el teatro, como tuve tiempo pasé por el cementerio local. Quería comprobar lo que me dijo Nasti cuando lo interrogué y, en efecto, allí había una tumba con el nombre de madame Alicia D. White. Al ser la única con ese apellido supuse que era la difunta mujer de White. Entonces, se rumoraba que ambos tuvieron un hijo... ¿Pero dónde estaría él? Elemental, hay veces que las cosas se

esconden delante de nuestros ojos. Presumía que era imposible que monsieur White se visitara de mujer, pero ¿y su hijo? Recordé que hallé en la escena del crimen un liguero. Supuse entonces, que este objeto serviría para sostener una prenda en especial, un par de medias. Según pude ver, por los retratos en casa de White, curiosamente su hijo Erick lucía un poco más delgado que su madre. Allí es dónde se me atornilló la idea. Erick es un muchacho muy curioso. ¿Cómo lo sé? Porque la misma madame Gómez lo supo decir. Resulta que yo quería echar los últimos vistazos al cadáver de Natasha y vine a eso de las cuatro...

—¡Pero, Zinat! —le interrumpí—. ¡Si yo estuve con usted todo este tiempo!

Él me miró y rio.

—Mi querido, Futes. ¿No recuerda usted que se despegó de mí porque quería estirar las piernas?

Era verdad. Lo había olvidado. Después de que Zinat me informó de que quería regresar al edificio, yo me separé de él por un rato. Caminé por la calle sumido en mis pensamientos. Casi tropiezo con un par de niños que jugaban por allí. Después me quedé pensando. Así fue como buscaba hallar una respuesta a eso que me mencionó sobre la Fuente de la Sabiduría. Pero no podía hacer que mis pensamientos se ordenaran. Luego decidí regresar y fue cuando vi a Zinat parado en la misma posición en la que yo le había dejado.

—Pero si no me separé de usted más de dos cuartos de hora —le dije con asombro.

—En efecto, Futes. Pero ese tiempo fue más que suficiente para poder escuchar a madame Alicia Gómez charlar con White y mirar como su hijo se vestía como mujer, gracias a una rendija que formó la puerta entreabierta. No puedo decir que Erick sea un travesti por naturaleza pero en verdad le queda muy bien el papel. Según escuché, White destacó más de una vez las destrezas de su hijo en el teatro. Entonces supe que algo debía unir a Erick White y a la señora Gómez.

—¿Y qué sería eso, Zinat? —pregunté—. Oh, claro... ¡la equitación!

—En efecto. ¿Recuerda que yo le había dicho que fui a ver una obra en el teatro titulada *La dama del Oeste*? Los protagonistas no fueron más que Erick y Alicia. Erick hacía el papel de uno de los vaqueros pero había alguien más. Estos son los guantes que hallé en la escena del crimen.

—Son de Erick —dije triunfante.

—No. Sin embargo, resulta interesante el rol de Erick en este caso, al igual que de todos. En la escena del crimen hallé un pelo plateado, una cana sintética, de peluca, sólo

Erick se la pudo haber puesto. No cabe duda que estos guantes pueden quedarle. Pero en realidad son del agente Gabriel García. Entonces todas las pistas se iban uniendo. Mi sospechoso era él sin duda. Pero faltaba saber qué papel jugaba Alejandro Nasti en todo esto, y resultó ser obvio. Él era el amante de Natasha y García, el esposo. Recordando que madame Gómez me dijo que huía de un tipo borracho, supe que era García, lo veía beber en la comisaría de la misma licorera de la cual estaba bebiendo en cada ocasión mientras tomaba nota, también hallé un objeto similar en uno de los cajones de la mesa de la sala de Nasti. Jamás lo vi beber, entonces supe que dicho objeto no le pertenecía. Además, durante el espectáculo, Gómez utilizó un arma distinta a la que yo sospechaba que sería la que utilizó para matar a Natasha. Entonces era lógico: ¡eran dos armas distintas! Supe que debía ser él, porque el arma que usó para asesinar a la joven, al verla en la casa de madame Gómez, era la misma que usó para interpretar el papel. Además, por el calibre de la bala, deduje que la pistola era una Colt, la misma que usa la policía. Entonces, ¡*évidemment*, el asesino fue un agente policial! Existe otro detalle, lo que igualmente confirmó mi sospecha sobre García, era que siempre mantiene el brazo derecho rígido, lo más seguro, producto de la herida que Natasha le hizo con el cuchillo, lo que explicaría la hoja ensangrentada.

»Por otro lado, siempre que tomaba nota lo veía hacerlo con la mano izquierda. Por lo que, en su defecto, o es ambidiestro o zurdo. Sea como fuere, no tendría ningún obstáculo para operar el arma. Madame Gómez no puede levantar un arma del peso del calibre de la empleada por García, esto lo confirmé cuando solicité que levantara un objeto de un peso similar mientras la interrogaba. Lo que también deja fuera a Nasti de esta compleja ecuación, fue cuando me apuntó con su revólver. Lo hizo a corta distancia. Lo que implica que podría tener problemas de visión, confirmé que tiene dificultades para ver de cerca porque erró el tiro cuando yo estuve prácticamente nariz a nariz con él.

»Debido al ángulo de la bala, el disparo que acabó con la vida de Natasha, se efectuó a una distancia bastante corta. Mi última postura que determina a García como el asesino es que a diferencia de un revólver de utilería, como el que tiene Alicia Gómez en su casa, el que se empleó para el asesinato, es por lógica, de verdad. Sino pues traigan la pistola y lo verán.

Así lo hizo Vallarta. Sacó el arma de la funda con su mano protegida por su pañuelo. Disparó contra un punto fijo y una bala dio contra la pared. El agujero hizo que se desprenda un trozo de yeso.

—Alicia tuvo el arma en su casa porque era la coartada perfecta. Pues quería hacerla pasar por una de utilería. Al ver el error cometido por García al dejar su pistola verdadera en el apartamento de Nasti, fue Alicia la que quiso retirarla. Así la vimos en la escena del crimen, querido Futes. Supe que fue ella porque en la misma obra de teatro, madame Gómez, se puso un traje negro con capa, idéntico al que usó esa tarde. Además, aprovechó nuestra momentánea salida del edificio. Y esto confirma, como dije hace instantes, la existencia de dos armas distintas, la verdadera y la de utilería.

—¿Pero no bastaba con la coartada de hacerla pasar por el arma de Nasti?

—Es posible, pero de seguro no quería correr riesgos.

—¿Y lo del niño, Zinat?

—García lo mató por una sola razón: era un testigo.

—¿Testigo? ¿Cómo? —pregunté absorto.

—La calle El Salto, *mon ami*. Da justo a un lado de este edificio. Apostaría que el niño se despertó por el ruido del disparo. Se acercó a la ventana y como la calle no es muy ancha, pudo haber visto a su madre con facilidad. Así como a García. De seguro, cometido el primer crimen, el agente cruzó la calle. Vio al infante y luego le disparó. Fue, además un acto de venganza. En la carta que tuvo García en sus manos, Natasha le confesaba que el hijo no era de García sino de Nasti. *Alguien* oyó a García hablar con madame Gómez y ella le dijo claramente si ya se encargó del “heredero de Nasti”, entonces recordé que un niño también fue asesinado, según lo que decía en los diarios. Deduje que la única razón que podía conectar estos asuntos era que ese niño debía ser de Nasti. Esto lo confirmé al oír que García lloró en frente de madame Gómez diciendo que lo mató, pero ella lo consoló enseñándole un papel que debía ser la confirmación de mis sospechas...Dijo que *alguien* se lo entregó...

—¿Alguien? ¿Puede decir su nombre, Zinat? —inquirió rabioso Vallarta.

Él se sonrió.

—El conserje. Verá usted, tenía muchas teorías en mi mente, pero necesitaba alguien que desde dentro confirmara muchas de mis sospechas. Así que pagué al conserje para que me dijera cada detalle que pudiera ver u oír de cada uno de los inquilinos, era la única forma de estar presente sin estarlo realmente. ¿Me sigue?... *Bien!* Los espías son muy útiles y pueden salir de casi cualquier lado.

»En resumen, ¿por qué tomarse tantas molestias? A Alicia le beneficiaría que Natasha muriera, porque fue madame Rodríguez la que se quedó con Alejandro Nasti, y no con ella, porque lo creía un hombre adinerado. Eso es fácil suponer porque hallé ropa

de mujer en el apartamento de Nasti, por obvias razones no podían ser de Natasha ella tiene su ropa en su apartamento para que García no sospechara su salida con Nasti, como él la mantiene era obvio que conocía de memoria toda la ropa de Natasha, lo que además confirmaría que fue madame Gómez quien buscaba a Nasti con frecuencia. Cuando García se enteró de las aventuras de su esposa, de seguro madame Gómez, en venganza, es la que le dio la llave a García para que entrase al apartamento de Nasti y matara allí a Natasha. Esto inculparía a Alejandro Nasti. No se puede negar que madame Gómez quería más que una *amistad* con Nasti.

»Por su parte, Lucas White quería muerta a Natasha por la simple razón de que ella era compañera de la universidad de Erick y del doctor Vega. Por ello, monsieur White buscaba mil formas de hacer que ella se casara con su hijo. Era evidente que Natasha se negó. Pues en la casa de White hallé otra carta firmada por ella dónde se negaba a aceptar la petición. Erick, por consecuencia, resulta muy probable, que le haya dicho a monsieur White que Vega era la pareja de la muchacha y que por ello lo rechazó, ignorando que Natasha y Vega son primos (Roberto Vega, el médico, es hijo de Augusto Vega, hermano de la madre de Natasha. Pues, monsieur Mauricio Rodríguez, padre de Natasha, fue quien me suplicó que tomara el caso, me lo dijo por teléfono).

»Augusto es un gran amigo mío, por ello conozco el parentesco entre Natasha y Vega. Entonces esto nos lleva al otro suceso, Vega quería muerta a Natasha porque según un papel que hallé en el apartamento de éste, se detallaba que Natasha le ayudaría en caso de que le sufriera algún incidente. Eso fue lo que cambió mi perspectiva del caso. Erick y madame Gómez también fueron amigos de la universidad y además tienen un hijo. Pero no oficializaron su unión porque monsieur White estaba obsesionado, como dije ya, a que Erick se case con Natasha. Estas dos aseveraciones las hago conocer porque tengo en mi poder dos cartas (las obtuve de nuevo gracias a la habilidad del conserje para escabullirse y las halló precisamente en el lugar donde había deducido, es decir la una en el apartamento de Erick y la otra en el de White).

—¿Pero que tiene Natasha para ser tan deseada, amigo mío? ¿Qué más une a estas personas? —le pregunté a Zinat.

Él de nuevo se sonrió.

—El dinero, *mon ami*. Resulta que la madre de Natasha, madame Sandra de Rodríguez, poseía una incalculable fortuna. Su muerte salió en todos los periódicos y allí aparecía Natasha llorando al lado del cuerpo de su madre. Como era lógico, al ser hija, única heredaría toda la plata, millones de dólares. Pero ocurre algo que además fastidió a



los presentes... había una gran posibilidad que Natasha dividiera su dinero en varias partes, como el hecho de referirse a que ayudaría con *algo* a su primo. Entonces, en mi cerebro me dije es ¡dinero, evidentemente! Además, así Erick, también heredaría si lograba casarse con Natasha. Pero, por consiguiente, Gabriel García, al ser esposo de madame Rodríguez, heredaría toda la fortuna si su esposa moría. Él tenía el camino más corto para hacerse con el dinero.

»Entonces, García la mató porque lo traicionaba con Nasti y, por consecuencia, éste sería beneficiado. Era seguro que sabía que Nasti tenía un arma en su departamento, podía alegar además que él la disparó en defensa propia, sin embargo, no contó con que Natasha haya usado un cuchillo en su contra en lugar del revólver de Nasti.

»En otro punto, madame Gómez, quería ya deshacerse de Natasha, para ella quedarse con la fortuna que heredaría Alejandro Nasti; creyó, falsamente que él ya tenía ese dinero en su cuenta bancaria. Pero lo cierto es que la muerte de Natasha llegó un par de noches antes. Gómez supondría que Natasha tendría intención de dejar algo para su amante...

»Entonces, así, García, se convirtió en un escorpión asesino, en un arma y los inquilinos de este edificio fueron quienes ayudaron a tirar del gatillo. Todos ustedes, por consiguiente, se convirtieron en una jauría de lobos hambrientos. Al fin y al cabo, todo lo que representara un obstáculo económico debía ser eliminado, incluso si ello equivalía quitarle la vida a un niño.

»Como Erick y Vega son hábiles con las agujas, cabría suponer que Alicia Gómez fue quien les propinó el veneno de escorpión (no es difícil hallarlo en laboratorios de clínicas y hospitales por sus propiedades para aliviar el dolor, a veces, se lo administra en pacientes con fuertes dolores corporales o dolencias ocasionados por heridas graves). Es elemental suponer que el doctor Vega y Erick White le administraron una dosis lo suficiente solo como para aturdirlo, para evitar que escapara cuando García llegara para matarla. Esa era la jeringa que hallé en la escena, ahora ya confirmé de dónde proviene y el uso que se le dio. Entre Vega y Erick con seguridad la tomaron de las muñecas para evitar que Natasha se moviera, lo que explicaría los moretones... Natasha Rodríguez les servía más muerta que viva. Además, todos tenían un interés particular para que Nasti sea encerrado por el asesinato de Natasha. Él representaba una piedra en el zapato para todos. Por ello, además, cada cual ideó una coartada para aparentarse ajenos al asunto. Vecinos muy separados, pero cada cual con una misma mentira: no son para nada desconocidos los unos con los otros.

—Aún hay algo, Zinat. ¿Cómo fue que Natasha y Nasti se conocieron? —inquirió Vallarta.

—Eso es lo mejor de todo, inspector. Alejandro Nasti, fue policía... compañero de Gabriel García. Esto ocurrió antes de que usted, Vallarta, ocupara el cargo que ostenta. Por ello, tanto madame Rodríguez como Nasti fueron muy cercanos. Resulta lógico suponer que Natasha sabía dónde vivía Nasti, y a quién acudir en caso de abandonar su matrimonio. Nasti salió de la policía tras haber sufrido un disparo de un malhechor, el cual casi terminó con su vida.

—¡La pagará muy caro, Zinat! ¡Es un maldito embustero! Pero sabe... ¡su vida desde ahora correrá un gran peligro! ¡Arderá en el Infierno! —dijo García entre risas de demente.

Esperaba que mi amigo contestara aquello. Pero no dijo nada. Se limitó a quedarse de pie. El humo de la pipa encendida se levantó sobre su rostro como una columna en espiral que se perdía hacia lo alto del techo. Me limité a preguntarle si todo iba bien. Él solo movió la cabeza en ademán de asentimiento. Se cruzó de brazos mientras arrojaba humo por la boca. Quizá sentía miedo. De ser así, no estaba dispuesto a hacerlo notar.

A lo lejos ya se oían las sirenas de las patrullas. Un par de paramédicos entraron y al cabo de un rato, bajaron el cadáver de Natasha envuelto en una sábana blanca. Los agentes empujaron a los esposados y los iban sacando uno por uno a la calle. Zinat prendió de nuevo otro el cigarrillo y se lo puso en la boca. Se volteó hacia mí.

—Vamos a cenar algo, querido amigo. Luego iremos a ver una función.

## 12

Nasti fue liberado tras las pruebas presentadas por Vallarta quien, dicho sea paso, se llevó las glorias. Aparecía una foto con Nasti tomado del brazo y delante de un podio colocado al frente del edificio de la corte. Ante esto, Zinat, solo rio. Tomó el diario y lo arrojó al fuego. Las brasas lo consumieron todo de manera muy rápida. Yo me quedé al lado de él, preguntándome como podría ser capaz de que alguien más se llevara las glorias por su trabajo de deducción y profesionalismo. Pareció que él podía leerme los pensamientos.

—Muchas veces, los verdaderos hombres no aparecen ante el ojo público y por ello valen más por su humildad y prudencia, que por la arrogancia y las ganas de hacerse notar de los idiotas.

Ante eso me quedé calladillo y sonreí. Miré el fuego.

—¿Cree usted que haya más personas que como las que vimos hoy?

—Eso es seguro —respondió André Zinat.

Cuando él se sentó en el sillón para sumirse en sus lecturas, yo caminé y me dirigí a la ventana. Allí miré a una joven que hizo lo propio desde la acera. Estaba parada. La mañana lucía tremendamente gris. Yo la observé. Llevaba un vestido blanco, un sombrero a un lado de su perfecto peinado. Luego, al poco tiempo, un coche se paró delante de nuestra casa. Vi que un chófer se bajó y abrió la portezuela trasera. El brazo de un hombre se extendió fuera de la portezuela, le hizo la invitación para que ella se subiera. Aceptó. Noté que el hombre llevaba guantes blancos. Y después arrancó el coche.

Zinat, para mi sorpresa, ya se había puesto a mi lado. Lo miré.

—¿Quién cree que pudo haber sido? —le pregunté.

Metiéndose la pipa en la boca, me respondió:

—¿Quién sabe, Futes? ¿Quién sabe?

##### 5. André Zinat conoce la verdad (Relato previo al último escorpión)

Una vez llegados al pie de la isla, Vallarta tomó unas esposas. Los agentes de Scotland Yard formaron nuevamente una medialuna, tal y como lo hicieron en el estudio de la mansión de Helena. Zinat dio un paso al frente y pegó la punta de su bastón contra el piso en señal de indignación.

—¡Ese no es modo de tratar a una dama, Vallarta! ¿A caso no les enseñan modales en su entrenamiento policiaco?

—Mire, Zinat. ¡El hecho de que usted anteriormente haya sido un detective no le da derecho a tratarme como le venga en gana! Yo aquí, en rango y en posición social, soy de mayor importancia que usted. Así que deje que le ponga las esposas a la criminal — aulló Vallarta lleno de rabia.

—Lo lamento, pero sin una orden de arresto formal no creo que pueda hacerlo — respondió Zinat interponiéndose entre el inspector y la dama.

—¿A qué se refiere?

—Es pertinente ir a Londres. Scotland Yard deberá otorgarle a usted, en calidad de inspector de la Policía Federal, una orden formal de arresto. Es el protocolo a seguir, ya que en este caso, la acusada, es por sobre todo, extranjera. Por ello es importante que el gobierno mexicano se entere que una compatriota será juzgada en el extranjero y será un juez el que dictamine si conviene procesarla en su país natal o aquí en Inglaterra.

Vallarta miró a los agentes de Scotland Yard quienes asintieron. El graznó enojado y bajó los hombros. Entró a la embarcación que nos había traído hasta la isla, y a sus espaldas entraron los agentes de policía, detrás lo hizo Zinat, luego Helena y al final yo. El mayordomo de Helena, el señor Gardner, entró con nuestro equipaje. Se despidió de su ama y luego le besó la mano. Le auguró lo mejor en el viaje y confió en que todo saldría bien. Las chimeneas del barquito bramaron y de sus bocas salió una humareda que se extendía hasta el cielo semidespejado de verano. El sol parecía apenas un punto dorado en las alturas. Una vez nos instalamos en los estrechos camarotes, miré a Helena, caminar cabizbaja en dirección a la eslora. Entonces, por la pequeña ventanilla redonda de mi camarote la vi ir y volver por lo menos tres veces mientras revisaba que mi equipaje estuviese completo. Entonces, al cruzar por delante de la ventanilla por cuarta vez, salí y la miré. Ella se volteó. No dijo nada. Una lágrima le recorrió la mejilla. Entonces la tomé de la mano e hice que ella se acercara a mí. No puso resistencia.

—Por favor, abrázame —me dijo en voz baja.

Así lo hice. Me rodeó el cuello con los brazos y luego arrimó su mejilla en mi cuello. Yo le acaricié la cabeza. Permanecimos así un largo rato. Después, se separó de mí con violencia. Nuestros ojos se encontraron por unos segundos. La briza marina despeinó su melena cobriza. Escuché un par de gaviotas graznar mientras pasaba cerca de la pequeña embarcación. Una de éstas se posó en el barandal y parecía mirarnos con curiosidad. Helena se envolvió en mis brazos y luego quedó de espaldas a mí. Con sus manos sobre las mías, hizo que yo las pusiera delante de su cadera. Luego miramos el mar. Las olas rompían bajo el casco del barquito, y la espumosa agua contrastaba con su blancura entre el verdoso color de las olas del océano. El aire tenía un sabor en extremo salado. Helena se quedó allí sin decir nada. Sentí que nuevamente se estremecía. Tenía miedo de llegar a Londres. Sabía cómo calmarla.

Dejé de coquetear con sus caderas. Entonces la tomé de la muñeca. La llevé a mi camarote. Cerré la puerta. Nos desnudamos a prisa mientras nos besábamos. Nos tendimos sobre el catre acolchonado. Una vez allí, puse la cabeza gacha y la miré por entre mis brazos extendidos. Entrelazamos los dedos de las manos. Sus ojos estaban inundados de lágrimas. Pero no se atrevió a llorar. Me besó. Sus labios eran fríos, tímidos y llenos de incertidumbre.

—¿Será esta la última vez que nos veamos, Gregory? —me dijo con ternura.

Suspiré y volteé la cabeza a un lado. Helena me acarició el pelo. Yo volví a centrarme en mi amante. Extendió la pierna y la pasó por mi cintura. Me acarició la espalda con su pie y luego se movió por sobre su cuerpo y quedó de espaldas a mí. Seguía tendida sobre el lecho. Me pidió que no dilatemos más el momento. Entonces, en ese instante, mi corazón bombeó sangre con fuerza. Mi pecho parecía estar en presencia de una orquesta de bombos, fue en ese preciso momento en el cual supe de cuanto, realmente, la amaba.

## 2

Una vez en Londres, Zinat sugirió a Vallarta que mientras él fuera, junto con los agentes, a pedir la orden de arresto formal contra Helena, ella se quedara con nosotros. A regañadientes aceptó la petición. Zinat se acercó a Vallarta y le puso la mano en el hombro.

—¿Qué le ocurre, Zinat? —gritó en rechazo y alejó al detective de sí—. ¡Hay veces que me repugna!

—Ya somos dos —dijo Helena mientras se colocaba su abrigo marrón.

Mi amigo no dijo nada. Luego dispuso que comiéramos algo. Decidimos quedarnos nuevamente en el Best Western Victoria Palace. Helena caminó unos pasos y entró a una cabina telefónica y contactó al muchacho que le servía como chófer provisional mientras ella se quedaba en la ciudad. Era el mismo muchacho que nos sirvió a nosotros hacía dos días. Entramos en el Rolls Royce y el muchacho nos llevó al hotel. El comedor del Best Western Victoria Palace lucía bastante vacío. Un botones nos ayudó con el equipaje y saludó a Helena con un beso en la mano. Ella se inclinó y luego le dio un billete de cinco libras. El hombre se lo agradeció. Zinat se acomodó en una mesa. Luego, un mesero nos trajo la carta. Por mi parte pedí lo más conveniente que pude —un pollo con salsa de arándanos y puré de patatas—, mientras que Zinat y Helena quedaron en pedir ostiones a la Rockefeller. Las copas de cristal fueron llenadas, la una con vino y la otra con agua. Zinat movió la copa entre su mano, olfateó el vino y luego probó un bocado. Se lamió la comisura de los labios y me miró. El licor le pareció exquisito. Se hurgó en el bolsillo de la chaqueta y sacó su cigarrera, una caja de color plata muy bonita. La abrió y nos ofreció un cigarrillo. Helena y yo se lo agradecemos, tomamos uno y luego lo hizo el detective; nos ofreció fuego y acercamos los cigarrillos a su encendedor. Posterior a lo que Zinat prendiera su cigarrillo, nos miró. Tomó el objeto entre sus dedos entrelazados y no dejó de clavarnos sus ojos color aceituna.

—Algo pretendía decirme, *mon ami*. En la casa de miss Helena.

—Sí. Quería conversarle sobre los planes de Daniel Gardner. Resulta que él me conversó sobre el asunto de las toxinas extraídas del veneno de escorpión. Es muy fácil utilizarlas como armas, de hecho ya han fabricado casquillos especiales donde dichas toxinas se alojan en lugar de pólvora. La idea es entregarlas a los ejércitos, además de traficar especímenes de los escorpiones de Morelos para ser empelados en el asesinato de espías. El arma perfecta para la Guerra Fría.

Zinat se metió el cigarrillo en la boca. Luego despidió humo por sus senos nasales. Entonces tras posar la mirada brevemente en Helena y en mí, dijo:

—Esa era la razón por la cual no deseaba que comente sus ideas delante de Vallarta ni de Scotland Yard. Temí que algo así pasara. Ocurre que, puedo tener idea de la persona que está detrás de todo. Sin embargo, hay piezas que aún deben unirse. Imagine usted, nuestro adversario es como la esfinge.

—¿La esfinge? —repitió Helena fríamente.

—Sí, madame. La esfinge es un ser de la mitología griega que devoraba a cada hombre si no respondían correctamente a sus acertijos. Salvo uno, que pudo detenerla. Su nombre era Edipo. La esfinge confiada en su instinto, le propuso a Edipo el siguiente acertijo: “¿Qué ser camina en cuatro patas, luego en dos y finalmente en tres?”

Helena me miró con señal de no saber la respuesta. Yo la miré y también aseguré a Zinat no saberla. El detective nos miró y se sonrió.

—La esfinge había aprendido de las musas a formular los enigmas, adicionalmente, este demonio las cantaba. Entonces, una vez que se enfrentó a ella, Edipo le formuló la respuesta en verso: “Escuchad, aún si no lo deseas, musa del mal agüero evocadora de la muerte, mi canto que es el fin de tu locura. Te has referido al propio ser humano, que cuando nace se arrastra por la tierra es un cuadrúpedo indefenso que gatea hasta aprender a caminar, luego, al ser viejo, requiere de un bastón para apoyarse, lo que implicaría tener un tercer pie, cargando el cuello doblado por la vejez.” Esto implica, que el criminal es siempre esta esfinge y el detective es Edipo. Me temo que lo que hemos estado resolviendo son solo acertijos menores de la esfinge, sin llegar aún al verdadero culpable. Así que, como resultará lógico es hora de hallar la última pieza. Estos asesinatos, me temo no son aislados.

—¿Qué es lo que los unen? —pregunté.

—Eso sería apenas una parte. Antes de llegar a aquello, madame Helena ¿podría decirme a quién le beneficiaría que usted yazca en prisión?

—¿A qué se refiere?

—Escuche, nada de esto es casual. La emboscada que fue empleada contra usted es muy bien planeada, así que dígame todo de la gente que la rodea. Cualquier cosa.

—Bueno, quizá debería hablarle de mi matrimonio. Cuando me casé con Arthur, yo creía que había alcanzado el cielo. Pues él era un hombre muy importante aquí en el Reino Unido y yo creía poder ascender socialmente. Era lógico, que hubo oposición de su familia por intentar casarse con una *plebeya* que, además de todo, era latina. Antes de esto, al estallar la Segunda Guerra Mundial, él tuvo que dirigir a un grupo de combatientes en Alemania. Como sabe, Londres tuvo aliados en Moscú para poder frenar las tropas nazis. La idea de Churchill fue la de acercarse a los americanos pero sin éxito. Roosevelt no quiso entrar en el combate, pero al final los japoneses lo obligaron. Poco después de la guerra, Arthur fue enviado a México porque se supo de un grupo de extremistas ingleses, militantes al nacionalsocialismo en secreto, que se refugiaron allí. Nos

conocimos y nos enamoramos. Luego me trajo a Londres. Arthur se casó conmigo a pesar de las circunstancias. Poco después de que Ochoa ascendiera al poder, del quien Arthur se hizo muy amigo en nuestra estancia en México, supe que su sobrina partiría para Inglaterra por estudios y Arthur le ofreció la casa, yo la conocía desde niña y ambos estuvimos de acuerdo. Sin embargo, un día llegó a nuestra puerta un telegrama enviado desde Washington que indicaba un complot orquestrado desde Moscú, ya que tras la muerte de Trotski en México (1940) por soviéticos, y al comenzar la Guerra Fría, varios rojos fueron al país a resguardarse y planificar atentados contra Washington. Ochoa tuvo un asesor ruso, cuyas intenciones nunca fueron buenas...

—¡Espere usted! ¿Está segura de aquello? —El semblante de Zinat cambió de repente.

—Sí.

—Parece posible —dijo mi amigo— que mi temor se haya hecho realidad. Prosiga, madame.

—Lo que respecta a mi mayordomo, él llegó a casa poco después de mi matrimonio. Dijo que la Depresión había golpeado a su familia y que él había logrado salir con un su hijo desde Dakota del Sur. Ya era un hombre algo mayor por lo que aceptamos empearlo en la casa. Poco después, él nos confesó que el muchacho no tenía nombre y que él lo llamó Daniel. Dijo que lo encontró a un lado de la carretera casi muerto y lo recogió en medio de un sol abrasador. Me confesó que habían trabajado juntos en una plantación de algodón. El muchacho, en realidad, creía que era un migrante. Un latino. Aquello me motivó más para tenerlo en casa... jamás le dije a mi esposo. Por fortuna el dinero de mi marido ayudó mucho a mantener a los empleados en casa.

—¿Su mayordomo tenía visitas, madame? —preguntó Zinat intrigado. Tomó otro cigarrillo y se lo metió en la boca.

—No. Pero a veces venía a Londres. Venny, el muchacho que es chófer mío aquí, una vez me dijo que él lo vio entrar a un bar no muy lejos, junto con dos hombres. Creíamos que eran amigos, pero con el pasar del tiempo, unos caballeros de acento polaco, o quizá ruso, nos dijeron que debíamos pagar quince mil libras que mi mayordomo había perdido en una partida de billar. Yo accedí a pagar.

—Naturalmente esto tampoco se lo dijo a Arthur.

—En efecto, monsieur Zinat.

—*Bien*, prosiga.



—Después, cuando Daniel iba creciendo y accedió al estudio en una escuela pública, sí que mejoró. Pues era amigüero y en muchos años lo vi contento. Llegó una vez a casa agarrado un rifle. Yo me negué a que entrara en la casa con éste, pero él me insistió que era porque había tomado la cacería como nueva afición. Nuevamente le permití y no dije nada de esto a mi esposo. Entonces, una mañana, escuché unos disparos. Salí al patio y miré a Daniel disparando contra varios hombres. Los mató con tiros precisos. Cuando le pregunté aterrada por lo sucedido, él, agarrado de su boina se volteó y me dijo: “Son hombre malos, señorita. Son comunistas que buscan invadir nuestra casa”. A lo que le pregunté: “¿Tu padre ha estado apostando de nuevo?” “No, señorita”, dijo él “esta vez es distinto, estos son rusos que buscan apoderarse a la fuerza de nuestra casa. Creen que tenemos escondidos desertores de la Revolución”. Yo dije que se metiera en la casa. Antes de que entrara a la mansión, se agachó y tomó un frasco del piso. Se imaginarán mi sorpresa en cuanto supe lo que había dentro.

—Un escorpión —dije por instinto.

Ella asintió con la cabeza.

Zinat botó el humo por la boca. La comida ya nos fue puesta en la mesa y las copas de vino fueron llenadas de nuevo.

—Dígame, madame. ¿El nombre “Iván Nóvikov” le es familiar?

—No. Pero ahora que lo pienso creo que me parece haberlo escuchado...

—Piénselo, madame. Es importante. ¿Cree que a su mayordomo le importe que usted esté presa? Le repito la pregunta porque aún no me ha respondido. Sé que usted le dejó, prácticamente la casa, pero creo que hay algo más.

—Bueno, mi marido tenía varios conocidos médicos... ¡Santo, cielo! Pues claro, de yo no estar en la ecuación, él podría hacerse con la investigación de un amigo de mi marido. Tomislav, un soviético que viajaba a México. Creo que él era amigo de un tal Doctor Muerte.

—¿Le es familiar el nombre Mauricio Rodríguez?

—¡Por supuesto! Era amigo de mi marido, él tenía unas importantes investigaciones con respecto a los escorpiones de Morelos. Sabía que las toxinas de estos animales podrían ser tan beneficiosas como dañinas. El doctor Rodríguez iba a casa muchas veces.

—*Sacre!* —exclamó Zinat—. ¡Es tan claro! Los asesinatos de Natasha Rodríguez, el infiltrado en la policía, el asesinato de los marinos en Puerto Vallarta, el homicidio de Dimitri Trotski, el pintor *herr* Barend Maler, el mayordomo en la casa de madame Helena,

el asesinato de la sobrina del presidente y el homicidio de Daniel Gardner no son coincidencia. En todos los casos, el veneno de escorpión ha sido clave para perpetrar los crímenes. Con la muerte de Natasha Rodríguez, al no ser casada, el doctor Mauricio Rodríguez sería ahora, el único heredero de la fortuna de su mujer, con lo que podría seguir con sus investigaciones y financiar todo esto. Sabía de la ineptitud de Hugo Vallarta por lo que infiltrarse en la policía no le resultaría complicado. Manipuló además al padre de Erick, tras verlo como persona vulnerable por su hijo, por lo que no resultaría muy difícil chantajearlo y poner a su familia en peligro... Por otro lado, al doctor Vega no hubiera sido complicado haberlo comprado con parte de su fortuna, apuesto a que le ofreció más a cambio de matar a su hija, es decir a Natasha. Finalmente buscó al mejor, para que además le dé información de la policía, aquí es donde el agente García entra. Además, seguro lo sobornó para que la toxina se mueva por el país sin problema. El conflicto en el edificio quizá no fue planeado, pero le favoreció bastante. Con ello, luego de tener más dinero, pagó a los marinos para que carguen las toxinas en el Blue Moon Mermaid, es el barco perfecto para transportar la toxina debido a la mala fama que posee. Podría decir, sin miedo a equivocarme, a que Dimitri Trotski abrió la boca de más y los marinos comprendieron lo que iban a transportar. Esto causó la muerte entre ellos. Dimitri se disfrazó de Samael para remediar su torpeza. Por su lado, hizo negocios con el pintor Barend Maler, que lo asesinó por traición. El vínculo entre Trotski y Rodríguez, es fácil de deducir: pues después de la muerte de Lev Trotski, era sabido que tuvo un hijo con Frida Kahlo, aquello, de seguro lo sabía Rodríguez. Como Frida no quiso reconocer a Dimitri, apostaría a que dejó al niño en un orfanato y ella al menos lo bautizó con el nombre con el que se lo conoció. Quizá Rodríguez lo chantajeó con entregarlo a los comunistas si no accedía a ayudarlo con la empresa. Necesitaba expandir la toxina, por lo que el exmarido de madame Helena resulta indispensable para traerla a Inglaterra, como lo hizo, y estrechar relaciones con el gobierno inglés. En México no sería problema si él estrechó lazos con Iván Nóvikov, es un médico entrenado por su padre, el Doctor Muerte, el nombre que le parece familiar a madame Helena. Entonces la idea es clara, también por el testimonio de la dama, sabemos que su mayordomo podía tramar, junto a su supuesto hijo, un complot entre Mauricio Rodríguez, Arthur Conrad Wallace e Iván Nóvikov, lo que completaría el triángulo. Entonces la toxina, con esta perspectiva, pudo hasta ser transportada desde México gracias a la cercanía de Nóvikov con el actual presidente. Pilar, fue una completa ambiciosa y por ello murió. Si ella no hubiese metido las narices quizá estaría junto a nosotros para contar el cuento. Seguramente, Daniel

desertó y por eso su padre adoptivo lo mató antes de que abriese la boca, afortunadamente él ya lo hizo antes de que el tiro le atravesara la frente.

—Zinat, de ser esto cierto, ¿por qué Rodríguez le llamó a usted para que asuma el caso?

—Él sabía, por una reunión que tuvimos, de mi rivalidad con Nóvikov tras haber ayudado en el arresto de su padre en París. Por ello es seguro que... *Sacre!* —dijo exaltado.

Saltó de su silla y pidió a un camarero que le traiga un ejemplar del diario *The Guardian*.

El hombre se lo dio.

Zinat regresó a la mesa y luego abrió el diario en frente de Helena y de mí.

—Miren, aquí está. Mañana en la noche, habrá un congreso de medicina en la Association Professionnelle Internationale des Médecins en Francia. En teoría iban a reunirse en Londres como el año pasado, pero decidieron hacerlo en Francia por motivos sin especificar. Apostaría a que Iván Nóvikov y Mauricio Rodríguez estarán allí. Es el sitio idóneo para que los gobiernos mundiales compren la toxina de escorpión, ya que ésta es vital para encontrar una cura contra el cáncer. Luego, al ser legal lo transformarán en un arma de destrucción incalculable. Lo que terminaría con la Guerra Fría y desataría una Tercera Guerra Mundial. Actualmente los soviéticos poseen gran fuerza y con seguridad dominarían varias naciones. Entre ellas, a los Estados Unidos y sus aliados. La economía mexicana experimentaría una gran fortaleza y el presidente no dudaría en dejar que el país sucumba ante Moscú (más si la URSS se convierte en la principal compradora de perdigones compuestos con toxinas de escorpión)...

—¿Cómo vamos a desenmascarar a Nóvikov, a Rodríguez y tal vez al propio presidente? —inquirí.

Zinat no dijo nada. Miró, por un segundo, el logo de la AMM. Luego me miró.

—¿Futes, recuerda como se le describe a Samael?

—No, amigo mío. Pero creo que es como una serpiente.

—¡Eso es! Es una serpiente roja. Una serpiente es un animal ponzoñoso, en muchas culturas presagia la muerte, pero también es una deidad. También es el símbolo de la medicina. El veneno es bueno y malo, es una paradoja. La serpiente reptante, mejor dicho, traquetea como... como... ¡un tren! La esfinge cayó de la montaña y se dio muerte tras la respuesta de Edipo. ¿Lo ve?

—En Francia hay un tren que se desplaza por algunos países de Europa. El Mountain Express. Es además... —empezó a decir Helena pero Zinat la interrumpió.

—¡Es un tren de color rojo! ¡Es la serpiente que se arrastra, que busca ser buena pero al final es mala! Transporta veneno y asesinos, que aparentan hacer el bien, pero que en realidad son hombres con malas intenciones. ¡Es una serpiente que transporta un saco de escorpiones! Hay que llamar a Vallarta, que Scotland Yard arreste al señor Gardner. Nosotros abordaremos ese tren.

Zinat se puso el sombrero a prisa, pagó la cuenta y tomó su gabardina. Se metió en una cabina. Preguntó por los horarios a la estación Gare de Nord en París. Al poco tiempo salió.

—¡El tren parte hoy a la medianoche!

### 3

El chófer de Helena nos esperó afuera del hotel. Nosotros salimos a prisa. Un botones llevó el equipaje y lo colocó rápidamente en la cajuela del coche. Partimos directo a los Docklands. Zinat consultaba nerviosamente su reloj, mientras Helena se mordía el dedo índice de una mano enguantada de fino cuero color marrón claro. Traía un vestido beige con flores de lis estampadas en él, de un color marrón más oscuro. Traía un sombrero de ala ancha virado hacia un lado y sus finos cabellos se dejaban ver sobre su frente. Se retocó el labio de pronto, su pintalabios era de un color terracota. Me sonrió y de su bolso sacó una botellita de perfume, se lo puso y luego la guardó. Indicaba al chófer las calles por la que creía habría menos tráfico. Sin vacilar, el hombre apretaba el acelerador. Las llantas chirriaban en el asfalto. El Rolls Royce iba a una velocidad endiablada. Tomamos Warwick Way para llegar al Vauxhall Bridge Road llegamos al Puente Vauxhall el cual atraviesa el Támesis. Derecho llegamos a Kennington —recordé que hasta ese punto iba a visitar a un gran amigo de la Universidad. Cuando se enteró que su madre fue arrestada por asesinato, la soledad no pudo con él y sin más se colgó de una viga del Puente Vauxhall—. Tras un poco más de una hora, llegamos al Puente de la Torre. El joven conductor torció con velocidad por St. Katharine's Way. Llegamos al Muelle de St. Katharine y nos embarcamos en un pequeño transbordador. Anclamos en Dieppe en Francia, cerca de las nueve de la noche. El trayecto duró cuatro horas. Luego tomamos un tren a París. Desembarcamos en la estación Gare du Nord. Una vez

comprados lo boletos nos dirigimos a la plataforma por la que saldría el Mountain Express. Un encargado, un hombre de edad, cabello cano y pulcro uniforme, nos informó que el tren estaba ocupado. Pero a la distancia, Helena divisó unos lugares disponibles.

—Sabe usted que si no llegan hasta una hora antes de la señalada, el tren partirá con otros ocupantes que pueden disponer de los camarotes vacíos —le dijo Helena sin reproche alguno.

—*Oui, mademoiselle. Pero...*

Zinat dio un paso adelante.

—No permitirá usted que un hombre no pueda viajar por su propio país —dijo Zinat en francés.

El viejo se paró en seco.

—Monsieur Zinat. ¡Desde luego que no! Será un placer que nos acompañe. Venga déjeme ayudarlos con esas maletas. Disculpe usted... —respondió el hombre en la lengua.

Zinat se sonrió y le dio un billete de veinte francos al caballero. Él los aceptó y nos indicó que fuéramos hacia la parte posterior del tren. Era allí donde había dos camarotes disponibles. Zinat, Helena y yo le agradecimos. El tren emitió un bufido y un ligero traqueteo. El vapor empezó a salir de la chimenea. Subimos a prisa. Nuestro equipaje se nos fue colocado de manera muy ordenada en nuestros lugares.

Una vez instalados, Zinat me dijo que mantuviera cerca mi arma antes de ponernos en marcha. Hurgué en el bolsillo de mi chaqueta y saqué el revólver Colt. Verifiqué que tuviera balas. Luego de girar el tambor, por mera diversión, volví a guardar el arma. Miré por los cristales de la puerta corrediza y vi a unos hombres de gabardina beige y sombrero de igual color, noté que uno agarró un subfusil Thompson. Zinat me ordenó que los siguiera sigilosamente. Así lo hice. Descubrí, que pusieron las armas dentro de una caja que metió en el vagón de carga. Este no iba a ser un viaje como cualquier otro.

Zinat lucía tranquilo. Estaba leyendo *Nuestro amigo común* de Dickens. Yo miraba a través los cristales de las mamparas que separaban los camarotes. Zinat tomó un cigarrillo, apoyó su codo contra la ventana y se mantuvo clavado en su lectura. Me puse

de pie, miré a Helena que me llamaba desde el pasillo. Mientras lo hacía, Zinat me dijo, sin despegar sus ojos de las amarillentas páginas:

—Procure no demorar mucho. Manténgase alerta, Futes. Recuerde que corremos peligro. Espero permanecer en este tren lo menos posible.

Por unos segundos no se escuchó más que el traqueteo del tren sobre los rieles. Miré hacia los árboles que parecían circular ante nuestro paso. Poco después me centré en Zinat y me limité a asentir con la cabeza. Él se manoseó el bigote. Lo ensortijó en las puntas y no dijo nada más. Cerré la puerta corrediza y fui tras Helena. Ella dijo que no se sentía muy cómoda con la situación. Le dije que nadie lo estaba. Para su seguridad, hice que viera la culata del revólver que sobresalía del bolsillo de mi chaqueta. La mujer meneó la cabeza.

—No me refiero solo a esto, querido. Quiero decir... a lo nuestro. —Posó su blanca mano en la manija de la puerta de su camarote y la hizo correr.

Entré detrás y fui yo el que cerró la puerta.

—No te comprendo —dije mientras me acomodaba frente a Helena.

—¿Qué pensará Zinat sobre el asunto? ¿Crees que apruebe que tú estés junto a una criminal?

—¿Por qué debería aprobar esto Zinat? —añadí con profunda tranquilidad—. Al diablo con lo que crea.

—Ya. Pero es tu amigo.

—Eso es muy distinto. Aquello no le da derecho a involucrarse en mi vida. ¿No te parece? Además, él está ocupado con varios asuntos ahora como para ponerse a pensar en lo que me ocurra.

Coloqué mis manos sobre las de ella. Pero las alejó. Bajó la cabeza y luego, tras estar así por un rato, dijo algo que no pude comprender. Luego descubrí que estaba llorando. Le pregunté qué pasaba. Me miró de pronto. Levantó la cabeza como si tuviera un resorte en el cuello.

—Yo he mentido. No he dicho la verdad. ¡Soy responsable de lo que está pasando!

—¿A qué te refieres?

—Lo cierto es que... —Lloró más fuerte—... no deseo hacerte daño. El asunto de los escorpiones era de total conocimiento mío. ¡Y no hice nada!, pero la verdad es que tenía miedo. Mi marido amenazó con matarme si yo... si yo... no asesinaba a mi hermanastra Evangeline.

Me quedé atónito.

—¿Evan... geline? ¿Qué vínculo tiene ella con todo esto?

—Yo conozco la identidad de la persona que está detrás de todo esto. Sí, le mentí a André Zinat y te mentí a ti, conozco a Iván Nóvikov y a su asistente que es nada más ni nada menos que Evangeline. De hecho, ella no es tanto una asistente... mejor dicho... ¡es su amante! Mi esposo discutía con ellos muy frecuentemente durante sus visitas a nuestra casa. Entonces, una tarde, mientras yo estaba en la estancia, él entró hecho un mar de rabia. Irrumpió en la habitación. Evangeline dormía arriba, en un cuarto vacío. Mi marido sostenía un cuchillo, me lo puso delante de la garganta sin que pudiera reaccionar. Me amenazó para que yo utilizara el arma y apuñalara a Evangeline. Si no obedecía, me mataría. La cosa iba en serio, lo vi en su mirada. La locura estaba reflejada en sus ojos. Sonreía con malicia mientras se pasaba, impaciente, la lengua por sus labios. Entré en el cuarto, miré a Evangeline en la cama. Aferré el mango del puñal y cuando la hoja se disponía a clavarse en su pecho, escuchamos una detonación. Iván había entrado a la habitación, al mirar la escena, por la sorpresa y el disgusto, disparó de manera arbitraria. Evangeline despertó, golpeó mi muñeca y casi hizo que tirara el cuchillo al piso. Luchamos por instantes. Logré hacerle un ligero tajo en la mejilla. Era más fuerte que yo y me arrojó sobre la cama. Corrió y golpeó a mi marido. Él, poco después, logró darle un tiro en el brazo a Iván. Luego, ambos escaparon de la casa por la puerta delantera. Tras hablar con mi marido, supe que buscaban sus investigaciones. Querían el veneno de escorpión para sí mismos. Nunca más los vimos...

—Eh, espera un segundo. ¿Comprendes lo que me estás diciendo? Es algo que no puedo asimilar con mucha rapidez. ¡He estado frente a la fiera casi desde un inicio! —rugí, por la rabia.

—...

—Ahora que lo pienso —dije— he estado cerca de Evangeline desde que un tren nos llevó de la Ciudad de México a Puerto Vallarta. Es lógico, ahora lo veo, la razón por la que Evangeline quiso usar sus encantos con Zinat y conmigo.

—¿Estás diciendo que...? —dijo irritada, pero la interrumpí.

—Conmigo no ocurrió nada. Sin embargo, Zinat es quien me preocupa. Él sí que sucumbió a sus encantos con facilidad.

No dijo nada.

—¡Has hecho bien en decirme, hemos de avisar a Zinat! ¡A prisa!

Cuando corrimos hasta su camarote, él ya no estaba. La lamparilla estaba encendida sobre la mesita de noche. El libro de Dickens yacía olvidado. Fuimos al comedor. Entre

el tumulto de gente, no vimos a Zinat por ningún lado. Cuando, al darnos por vencidos, una sombra peculiar se dibujó a nuestras espaldas.

—¿Qué hace aquí, *mon ami*? Es una noche hermosa como para pasarla con una bella señorita.

—¡Zinat...! es que... hay algo que... debo decirle que...

—¡Dígalo, hombre! —dijo molesto, pero sin gritar.

—¡Corremos grave peligro! Evangeline es cómplice de Nóvikov.

El caballero no dijo nada. Se quedó parado. Su silencio era producto de la rabia. Blandeó el bastón y luego nos invitó a que le siguiéramos a una mesa específica. Caminamos detrás. Nos sentamos en un sitio con cuatro personas más. Había una mujer y tres hombres. Durante la conversación supimos que la dama era japonesa. Hiromi Kawakami era detective encubierto de la Agencia Nacional de Policía; el otro, Roger Clark agente del FBI; además de James Rogers de Scotland Yard y George Walsh del MI6. El tema que tratamos fue el veneno de escorpión y los planes de Nóvikov. Con sorpresa nos enteramos que el ruso ya había pactado con la mafia japonesa, la americana, además con grupos de izquierda en Inglaterra y con los comunistas soviéticos. Sobre la mesa reposaban tres vasos con whisky a los que se sumaron uno más. Sólo en uno había cubitos de hielo. La conversación subió de tono —cuando a Clark, a Rogers y Walsh— les pareció inverosímil las cosas que les contó Zinat. Desconocía si para Hiromi la situación tenía sentido. Ella solo se limitaba a beber, casi no decía nada. Cuando, de pronto, Zinat miró con atención al vaso de ella.

—¡Alto! —gritó de pronto—. ¡Deje de beber!

Todos enmudecieron. Golpeé el vaso y éste cayó al piso y se rompió en varios pedazos. Me miraron atónitos. Hiromi se sostenía la garganta, se asfixiaba. Luego tiró espuma por la boca y ante sorpresa de los presentes, cayó muerta.

—¿Qué ocurre? —gritó rabioso Clark.

—Hiromi-*san*, está muerta. ¡Ha sido envenenada! —exclamó Zinat.

—¿Cómo pudo pasar? —pregunté.

—Es posible que el veneno haya sido congelado en forma de cubito y éste, al deshacerse, se hizo líquido —explicó Zinat—. Me temo que a pesar de su reacción, Futes, no fue tan rápido como para evitar que nuestra amiga ingiera el veneno.

—¡Estoy rodeado de traidores! —aulló Rogers y sacó su pistola.

Zinat, Helena y yo nos quedamos en nuestras posiciones. En eso, cinco hombres que bebían en la barra del bar, se voltearon todos al unísono y nos apuntaron con sus subfusiles



Thomson. Zinat hizo que nos agacháramos. Los hombres abrieron fuego. Las balas empezaron a llover por todos lados. Destrozaron vasos, mesas y ventanas del comedor. Cinco tiros dieron en el pecho de Rogers. Los otros dos agentes apenas pudieron disparar (antes de correr el mismo destino). Nos escabullimos tras un mueble metálico. La gente gritó y corrió en todas direcciones. Personas caían al piso acribillados sin piedad. Saqué el Colt que tenía en el bolsillo. Disparé. Un tiro le dio en la frente a un atacante. Las balas de nuestros enemigos dieron en el metal y saltaban emitiendo chispas con cada impacto. Un segundo disparo logró herir a otro sujeto en el brazo, con un tercero le di en el pecho. A otro le apunté en la garganta. Zinat, con curiosa agilidad felina, corrió hacia otro atacante y le derribo de un bastonazo en la nuca. El último, tenía a Zinat en su línea de tiro. Yo intenté darle, pero la bala dio en la barra y destrozó un cenicero. Al querer tirar de nuevo, descubrí que no tenía más proyectiles. Zinat estaba a merced del atacante. Éste cargó el subfusil con mucha agilidad. Zinat tomó el bastón y tiró del mango. Una hoja larga y plateada resplandeció con las luces del vagón. Con la espada, el detective le hizo un corte en la mano y el hombre tiró el arma. Luego, se inclinó para sostenerse la mano herida con la sana. Zinat guardó la espada dentro de la funda de sándalo y caminó con el bastón.

—Dejemos que los interroguen luego. Por ahora...

—Zinat. Hay algo que debo decirle —dije impaciente—, me temo que Evangeline está involucrada con Nóvikov en todo este asunto.

Mi amigo me miró colérico.

—¡No tiene derecho! —gritó—. De decir cosas como esas. *Mon Dieu!* ¡Usted es un calumniador!

Con energía tomé a Zinat por las solapas de su saco. Sabía cuánto le fastidiaba aquello. Pero era la única forma de que me escuchara.

—Por Dios juro, y que me dispare usted mismo ahora, Zinat, y luego arroje mi cadáver al Sena si estoy mintiendo.

Mi amigo se paró delante de mí. Quiso decir algo, pero la situación se lo impidió. La gente que logró resguardarse de los disparos empezó a salir de sus escondites. De pronto, la puerta del vagón se abrió. Una figura malévola empezó a asomar. El silencio se mantuvo durante varios y tensos instantes. Se escucharon unos pasos. Luego se vio el mango de un bastón que tenía la forma del pico de un halcón. Ante nosotros, asomó un hombre de algunos años. Lucía un smoking negro, tenía la camisa blanca muy pulcra, el cuello en pajarilla, y una corbata de moño muy perfecta. Sus manos estaban enguantadas

en terciopelo blanco. El pelo marrón lo traía peinado con raya en la mitad. Le melena le caía por ambos lados de la frente, así como a Zinat. Esbozó un rictus de satisfacción, pero ésta se borró al vernos de pie delante de él. Luego, una mujer esbelta, que meneaba las caderas con única sensualidad, asomó a sus espaldas. Era Evangeline. Lucía un traje rojo brillante, guantes carmesí que le llegaban un poco más abajo del codo, y sostenía un cigarrillo, en la otra mano empuñaba un revólver. El caballero dio unos pasos y se aproximó aún más. Al ver a Evangeline, Zinat, solo se limitó a quedarse de pie. No dijo nada.

—Nuevamente estamos frente a frente, monsieur André Zinat.

Mi amigo, con calma fingida, tomó un cigarrillo y luego lo miró.

—Cuanto tiempo sin verlo, doctor Mauricio Rodríguez...

## Epílogo

Los días transcurrían sin que nada interesante ocurriera. Zinat, presa del aburrimiento, empezaba a salir de casa constantemente. Yo, desde una cómoda butaca de

terciopelo rojo que mi amigo tenía colocado en el piso superior cerca de la ventana, invertía mi tiempo leyendo una novela de Víctor Hugo.

Una tarde, el cielo se tornó borrascoso y gris. Zinat estaba parado cerca de la chimenea fumando su pipa cómodamente.

—Tengo un presentimiento, mi amigo —dijo de pronto sin dejar de mirar las llamas anaranjadas que crecían por sobre los leños.

—¿Qué quiere decir? —pregunté sin bajar la vista de mi libro.

—Algo está a punto de ocurrir —sentenció seguro de saber lo que se venía.

En eso miré de soslayo, por sobre las amarillentas páginas en donde Quasimodo miraba a la misteriosa Esmeralda, desde un oscuro rincón de Notre Dame. Afuera había un hombre, marchaba a toda prisa y saltaba los coches que hacían sonar el claxon para que el individuo se quitara de su camino. Aquel sujeto llevaba un gorro marrón y una gabardina de un color gris claro que se confundía con el ambiente.

Tocaron a la puerta.

—Bajemos —apuntó Zinat.

Descendimos por las escaleras. Zinat abrió la puerta. Ante nosotros asomó Hugo Vallarta.

—Zinat, ha ocurrido un nuevo suceso.

—Venga, entre. Hablaremos de ello.

El inspector se sentó y nos miró. Traía un periódico enrollado en su bolsillo.

—Imagino que ha venido a contarme sobre los tres cadáveres hallados en tres países distintos de Europa. ¿No es así?

—¿Cómo lo supo? —dijo Vallarta asombrado.

—La vía por la cual me haya enterado de los crímenes no es la cuestión, inspector. Mi duda es por qué ha acudido a mí.

¡Santo Dios, así que esas eran las pistas que hallamos en Londres!, me cuestioné para mis adentros. Sentí un escalofrío correrme por la espina dorsal.

—Bueno tras las hazañas que usted realizó en Europa, los diarios no han dejado de escribir al respecto.

—Ya. ¿Qué pistas tienen de los cuerpos hallados al pie de las estatuas de Míster Sherlock Holmes? —dijo Zinat de pronto mientras el humo de su pipa salía con bastante paciencia.

—Solo sabemos que las tres víctimas eran inglesas y tenían profesiones distintas, pero el negocio de joyas unía a estos individuos. El primer cadáver fue hallado en

Edimburgo, el segundo en Londres y el tercero en Reichenbach, Suiza. Scotland Yard está trabajando con la policía suiza pero no han logrado descubrir gran cosa. Me pidieron que le diga a usted, y al Doctor Futes, que deben estar presentes en la capital inglesa, a más tardar, en dos días —apuntó Vallarta casi como una orden y un agradecimiento.

Mi amigo sonrió. Mordió el extremo de la pipa y me miró. Yo me limité a asentir con la cabeza.

La mirada de André Zinat se iluminó, como no lo había hecho desde hacía tanto. Se frotó las manos y, con acentuación de un triunfo final, dijo muy seguro:

—En vista de los presentes hechos..., aceptamos tomar este nuevo caso.

## Conclusiones

Crear *Un saco de escorpiones* resultó un proceso bastante retador por el tiempo que llevó armar la investigación en cuanto a la época en la que se sitúa la novela, pensar como lo hicieron los individuos de principios del siglo XX y luego, colocar las pistas de manera ordenada para que su trama, fuera seguida por el lector tal cual, como el narrador, Gregorio Futes, la ve.

La seguridad en cuanto al manejo de la trama y la creación del enigma, aumentó mientras iba consumiendo novelas de misterio. Así lograba entender el comportamiento del detective, del villano y de cómo procede el criminal para engañar.

Un personaje (que a su vez es un recurso dentro de lo *noir* y que resulta complejo por cuanto al rol dentro de las tramas) importante es la *femme fatale*. Cuyo papel resulta importante dentro de *Un saco de escorpiones* ya en este caso, Evangeline, no sólo que representa la lujuria y la seducción, sino que a su vez, es la reivindicación del mal. Cuando, una chispa de bondad aparece, puede hacer que hasta el corazón más negro desconfíe de su accionar, aunque ese arrepentimiento puede llevar, a ese ser, a la muerte.

Por otro lado, es importante conocer las limitaciones del escritor sin que éstas impliquen una desmotivación para crear literatura. Sin embargo, esto es una guía sobre todo para escoger un género en específico y además entender dentro de qué marco se mueve la estética del tipo de literatura que se desea escribir. Por ello, resultó importante, leer qué se ha hecho antes y dentro de qué espacios es posible que se moviera mi novela.

La literatura, como toda obra de arte, implica conocimiento y talento que juntos forman una obra, no del todo *original*, pero sí satisfactoria dentro del campo en que ésta aterriza.



## Obras citadas

- Carroll, Noël. 2005. *Filosofía del terror o paradojas del corazón*. Madrid: La balsa de la medusa.
- Conan Doyle, Arthur. 2007. *Estudio en escarlata*. Madrid: Punto de Lectura.
- Cordero, Guillermo. 2013. *La novela policial en el Ecuador*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.
- Forero, Gustavo. 2017. *La novela de crímenes en América Latina: un espacio de anomia social*. Bogotá: Siglo de Hombre editores.
- Hemingway, Ernest. 2019. "Los asesinos". En *Cuentos*. Barcelona: Debolsillo.
- Padura, Leonardo. 2015. *Adiós, Hemingway*. Barcelona: Tusquets.
- Palacio, Pablo. 1998. *Un hombre muerto a puntapiés*. Quito: Libresa.
- Poe, Edgar Allan. 2012. *Narraciones extraordinarias*. Madrid: Edimat.
- Savater, Fernando. 2014. *La música de las letras*. Bogotá: Debate.
- Tenorio, Juan de Dios. 2013. "Francia, cuna del género 'noir'". *El Mundo*. 27 de octubre. <https://www.elmundo.es/cultura/2013/10/27/526d3cb30ab740d02d8b4579.html>.